

Los Reyes de Israel y Judá



N. R. Thomson

La Sana Doctrina, 1975 hasta 1980

- 1 [Saúl](#)
- 2 [Abimelec](#)
- 3 [Isboset](#)
- 4 [David](#)
- 5 [Salomón](#)
- 6 [Roboam](#)
- 7 [Jeroboam](#)
- 8 [Abiam \(Abdías\)](#)
- 9 [Asa](#)
- 10 [La anarquía](#)
- 11 [Acab](#)
- 12 [Josafat](#)
- 13 [Los cuñados](#)
- 14 [Joás](#)
- 15 [Amasías](#)
- 16 [Uziás](#)
- 17 [Acaz](#)
- 18 [Los últimos reyes de Israel](#)
- 19 [Ezequías](#)
- 20 [Manasés](#)
- 21 [Josías](#)
- 22 [Los últimos reyes de Judá](#)
- 23 [Lecciones](#)
- 24 [El Rey de Reyes](#)

El estudio de los Reyes de Israel y Judá es de gran provecho, no por el interés histórico, sino por lo que aprendemos por aquellas vidas. Mayormente no daban ejemplo bueno, pero Dios utiliza sus experiencias para instruirnos.

1 Saúl

El deseo vanaglorioso del pueblo

No era la voluntad de Dios que Israel tuviera rey. Él sabía que el rey llegaría a ser dictador, introduciendo imposiciones humanas. Dios quería reinar como Cabeza, para que el pueblo obedeciera sus mandamientos y leyes. Él escogió profetas y sacerdotes para guiar al pueblo como pastores (como Moisés y Aarón, Hechos 7:37, Salmo 19:6). Uno se destacaba en la nación como jefe y juez, pero Dios quería que fuera ejemplo a su pueblo para guiarles como pastor (Números 27:17, Salmo 77:20).

En la iglesia Cristo es cabeza y debemos someternos a sus mandamientos. Cristo nunca estableció un solo hombre como jefe en las iglesias locales. Siempre leemos de varios en cada asamblea (llamados ancianos, obispos o pastores) que deben ser ejemplo a la grey sin tener señorío (1 Pedro 5:1-3).

Pero el pueblo no estaba conforme con el orden divino. Las naciones alrededor tenían rey por cabeza. Israel deseaba ser como las naciones, y pidió rey. Anhelaba la popularidad y beneplácito del mundo, conformándose a él. Evitaba el reproche divino que viene en separación del mundo. Samuel sintió que el pueblo rechazaba su propio buen ejemplo, pero Dios dijo: “No te han rechazado a ti, sino a mí me han desechado para que reine sobre ellos”. (1 Samuel 8:6,7,19,20)

Cuando una iglesia quiere establecer un solo hombre como su jefe, pastor o ministro, ella rechaza la autoridad de Cristo quien estableció una multiplicidad de ancianos para guiar cada iglesia local. En 1 Samuel 8, él profetiza que su rey llegaría a someter al pueblo en servidumbre (v. 11-14), y a exigir el diezmo para sus propias necesidades (v. 15-17). Asimismo hacen muchos “jefes” de iglesias de hoy que se han apartado del orden divino.

Total, Dios cedió a la petición del pueblo, dándoles rey. No era su voluntad, pero sabía que sólo aprenderían por la amarga experiencia. Como en el caso de proveerles carne en el desierto, les dio lo que pidieron, más envió mortandad sobre ellos (Salmo 106:15).

La elección humana

Dios mandó a Samuel a ungir a Saúl como rey (1 Samuel 9:16, 10:1). Dios primeramente les dio el hombre carnal para enseñarles su falta. En contraste, después Dios escogió a David, hombre espiritual “según el corazón de Dios”.

En 1 Samuel 9:20 leemos: “¿Para quién es todo lo que hay codiciable en Israel, sino para ti?” Es evidente que todo Israel codiciaba al rey cuyas cualidades apelaban a la carne y a la vanagloria. Era “joven y hermoso. Entre los hijos de Israel no había otro más hermoso que él; de hombros arriba sobrepujaba a cualquiera del pueblo”. Son cualidades físicas y terrenales; no son espirituales. Por cuanto Samuel le dijo a Saúl en 9:19: “Te descubriré todo lo que está en ti corazón”, es claro que Saúl buscaba en su corazón la gloria del puesto más alto en la nación. Su humildad de 10:21-22 era fingida o efímera (15:17).

¿A quiénes estimamos como pastores entre las iglesias? Dios dijo a Samuel en relación a la elección de David: “No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura. Jehová mira al corazón”. La buena presentación del hermano no basta para llenar los requisitos para llevar responsabilidad como anciano en la asamblea. La educación y el éxito en su oficio o profesión son cualidades terrenales y no espirituales. Por supuesto, la ignorancia y un largo tiempo convertido tampoco son cualidades espirituales; hay viejos que nunca han crecido en el Señor. Los apóstoles que eran sin letras pero se aplicaron a estudiar a los pies de Cristo para ser maestros y escritores competentes, manifestando cualidades espirituales. También Pablo, quien se destacó en las cosas de este mundo, desarrolló su vida nueva en Cristo.

No seamos tontos, carnales y miopes en estimar como pastores los que no cumplen los requisitos de la Biblia.

El fracaso de la carnalidad

Saúl fue levantado para salvar a Israel de mano de los filisteos, pero fracasó (1 Samuel 9:16). A pesar de los esfuerzos de Saúl, los filisteos, que eran de la costa sur-occidental, mantenían guarniciones en toda la serranía central de Israel (1 Samuel 13:19-23, 14:52). Por fin ellos vencieron a Saúl. Alcanzaron su mayor triunfo conquistando toda la tierra de Israel hasta Galilea en el norte, cuando colgaron los cuerpos de Saúl y de sus hijos en los muros de Betsán.

¿Por qué aconteció esta tragedia? Fue a causa de la desobediencia.

Primero, Saúl hizo mal en actuar como sacerdote, no siendo levita (1 Samuel 13:9). Dios tenía el derecho de ordenar su propia casa y el servicio santo era para los varones levitas. En la iglesia, el servicio de responsabilidad pública es para creyentes varones. La adoración es obra de sacerdotes. Por lo tanto todo hermano (que no tenga falta) puede participar en orar, alabar y adorar. Pero la predicación es para aquellos que manifiestan el don de evangelista y la enseñanza es obra de los que desarrollan el don de pastor y maestro. No todo hermano tiene derecho de ocupar la plataforma. Toda hermana debe guardar su puesto sin tomar parte pública en las iglesias. El error de Saúl nos enseña la necesidad de guardar el orden divino. “Locamente has hecho”, fue la admonición de Samuel.

Segundo, Saúl hizo peor en desobedecer al mandamiento de Dios. Dios le dijo que destruyera por completo a Amalec (1 Samuel 15:3). Saúl no lo hizo. Sin embargo él insistió que había cumplido en v. 20, echando la culpa a otros en v. 21. Él se excusó diciendo que tenía motivo bueno de ofrecer lo mejor al Señor, v. 15; o sea, él se apoyó en pensar que hacía todo para la gloria de Dios. Pero Samuel le dijo que Dios no busca nuestro servicio hecho según nuestro parecer, sino la obediencia. El desobedecer es rebelión a la palabra de Dios, y es tan malo como la brujería. La obstinación es la porfía en no humillarnos para admitir la desobediencia y es igual a la idolatría (versos 22,23).

Saúl fue desechado; su fracaso debe hacernos más obedientes a la palabra de Dios.

La desaprobación de Dios

Dios declaró que desechó a Saúl, pero éste porfió en mantener su puesto sin ceder a David. Por más de diez largos años, él siguió como usurpador. La carnalidad le condujo a matar a los sacerdotes de Dios, a perseguir a los fieles y por fin a meterse en la brujería. La desobediencia siempre conduce a mayor dureza de corazón, a una conciencia cauterizada, y a la venganza. Si hemos faltado, debemos humillarnos y admitir el defecto. ¡Cuán triste cuando el que peca no admite su falta, sino que se justifica a sí mismo y aun persigue a los fieles que procuran cumplir la palabra de Dios! También es triste cuando el hermano carnal no quiere ceder al hermano espiritual y cuando el viejo ignorante no quiere dar lugar al más joven que es humilde y de mayor don y capacidad. ¡Ojalá que la historia de Saúl no se repita entre nosotros!

2 Abimelec

Saúl era el primer rey oficial de Israel. Abimelec se hizo rey antes, durante los días de los jueces. Él mató a sus setenta hermanos y, con el apoyo de los de Siquem, llegó a hacerse rey y déspota. Fue apoyado por una minoría (Jueces 9:6). El pueblo había deseado hacer a su padre, Gedeón, rey sobre la nación, pero él se negó a tal puesto, diciendo: “Jehová reinará sobre vosotros” (Jueces 22,23). Pero Abimelec buscó su propia gloria.

Aun en días de Pablo, él lamentó: “Todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús”. Por lo tanto él aconsejó: “No mirando cada uno por lo suyo propio ... que haya en nosotros este sentir que también en Cristo Jesús” (Filipenses 2:4,21). Cristo se humilló y el Padre lo exaltó. El creyente que se humilla será ensalzado por Dios para ocupar un lugar de responsabilidad entre las iglesias.

Abimelec se levantó por voluntad propia. Ganó el apoyo de unos pocos más de Siquem. Pero tuvo que ceder a la malicia, la carnalidad y el orgullo para lograr su puesto. Jotam, el único hermano suyo que sobrevivió, propuso la parábola de los árboles, para manifestar lo ridículo de tener tal déspota por líder. Él habló de tres árboles que tenían carácter digno de gobernar, y de otro incapaz (Jueces 9:8-15).

El olivo, porque tenía su aceite.

Esto nos recuerda que el que será útil en la iglesia necesita la unción del Espíritu Santo. El aceite siempre habla del Espíritu (vea Zacarías 4:3,6,13-14, y Hechos 10:38). Cada creyente tiene al Espíritu porque somos sellados por Él y nuestro cuerpo es su templo (Efesios 1:13, 1 Corintios 6:19). Pero el Espíritu no llena a todos porque su llanura depende de la vida espiritual de cada individuo. (Efesios 5.18). Hay que vaciar una copa para poderla llenar con otra cosa. Si estamos vanagloriosos, estamos llenos de nosotros mismos. Si confiamos en nuestra propia capacidad, estamos llenos de la sabiduría humana. Si desobedecemos la Palabra de Dios o pecamos, entonces contristamos, o apagamos al Espíritu (Efesios 4:30, 1 Tesalonicenses 5.19). Impedimos que Él actúe en nosotros. Si no estudiamos la Biblia para que su Palabra more en nosotros, el Espíritu no tiene sustancia que usar en nosotros para poder impartir bendición a otros. Nuestro servicio estará vacío.

La higuera, porque tenía dulzura y buen fruto.

El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. El que no desarrolla estas características de Cristo no es capaz de servir bien a Dios. Su carácter es amargo; le falta la dulzura de Cristo. La miel (prohibida en los sacrificios, Levítico 2:11) representa la dulzura que es terrenal, distinguida por adulación, la lengua blanda que acompaña el beso traidor. Fieles son las heridas del que ama; pero importunos los besos del que aborrece. El que guarda rencor y no perdona, no ama; es amargo. El que lleva la “cara larga” no pública el evangelio con gozo; es amargo. El iracundo no tiene espíritu pacífico; es amargo; no lleva la dulzura del fruto del Espíritu. Los tales no sirven de predicadores del evangelio, ni dan buen ejemplo como maestros de niños en la clase bíblica.

La vid alegra a Dios y a hombres.

Les agrada; es a su gusto. Asimismo el creyente debe vivir para agradar a Dios. Enoc tuvo tal testimonio de haber agradado a Dios (Hebreos 17:5). Ni aun Cristo se agradó a sí mismo (Romanos 15:3). Cuando hacemos la voluntad de Dios y no la nuestra propia, entonces alegramos el corazón de Dios.

Al contrario, **la zarza** no servía como “rey”, porque tiene espinas.

Solamente hiere y produce dolor. “La que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida, y su fin es el ser quemada. Pero en cuanto a vosotros, oh amados, estamos persuadidos de cosas mejores, y que pertenecen a la salvación” (Hebreos 6:8-9). La lengua no domada suelta palabras que hieren como espada (Salmo 57:4).

El fin de Abimelec era vergonzoso; una mujer lo venció y lo destruyó. ¡Ojalá que aprendamos a buscar con humildad las cosas del Señor para manifestar el fruto del Espíritu para que Dios nos pueda ensalzar y hacer útiles!

3 Isboset

Después de la muerte de Saúl, Isboset creía que tenía el derecho de sucesión al trono. Abner le apoyó y le hizo rey sobre todo Israel (2 Samuel 2:8-9). Es verdad que había sucesión en el linaje de David después pero fue por promesa de Dios (“No será quitado el cetro de Judá” Génesis 49:10, 2 Samuel 7:16). Isboset no tenía tal promesa; no tenía derecho de asumir tal responsabilidad.

En la Iglesia tampoco hay sucesión de dones como por herencia. La Biblia no autoriza la sucesión papista. Tampoco el hijo hereda el puesto de su padre. Cada responsabilidad en el servicio de las asambleas es por el don de Dios que el Espíritu reparte a cada uno en particular como Él quiere (1 Corintios 12:11). Las cualidades espirituales que luego se desarrollan, capacitan a cada cual para su servicio.

Isboset empezó con el apoyo de la minoría (Galaad), pero luego ganó el apoyo de la mayoría. Sólo Judá siguió a David. Ningún creyente debe asumir una responsabilidad en la iglesia por el apoyo de una minoría. Ninguno debe levantarse por voluntad propia. Jesús dijo: “Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Otro es que da testimonio acerca de mí” (Juan 5:31). Debemos procurar los dones mejores (1 Corintios 12:31), y “si alguno anhela obispado, buena obra desea” (1 Timoteo 3:1). Pero otros deben decidir si cumplimos con los requisitos. Ninguno debe hacerse predicador del evangelio, o maestro de la palabra, sin que otros, personas espirituales, le animen y reconocen que tiene don para tal responsabilidad. Los que salen a la obra del Señor deben ser bien recomendados por todos. No creemos en la elección humana, pero creemos en el reconocimiento humano del escogimiento divino. Este se discierne por medio del fruto que otros ven.

Aunque una persona gane el apoyo de la mayoría, es posible que la mayoría esté equivocada. La Biblia es nuestra única guía y no el voto popular. Se ha oído que: “Fulano me escogió por anciano y no cedo el puesto a nadie”. Es posible que en años anteriores algunos hayan animado al hermano a llevar una carga de anciano cuando no había otros más capacitados. Pero, ¿qué de hoy día? Si la Biblia desaprueba sus prácticas y manifiesta que él no pastorea la grey de Dios, entonces no podemos seguir respetándole como anciano.

Bajo Isboset, se desarrolló la carnalidad en la nación. Abner, general de Isboset, fue a Gabaón donde propuso a Joab, general de David, que los jóvenes se levantaran a maniobrar. Era una partida entre los dos grupos para vanagloriarse en la fuerza de la juventud. Pero tal cosa conduce a la envidia y a la contienda. Donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa (Santiago 3:16). Resultó que los veinticuatro jóvenes pelearon hasta la muerte y la ira de todos se encendieron hasta desenfrenarse en una batalla. Asael, hermano menor del general, se levantó soberbiamente, deseando el honor de tumbar al jefe, Abner. Pero su entusiasmo solamente le condujo al fracaso. Isboset era divisionista y déspota no escogido por Dios. Abner era culpable de apoyarle. Pero tal error carnal no se corregía por la contienda. ¿Consumirá la espada perpetuamente? ¿No sabes tú que el final será amargura? ¿Hasta cuándo no dirás al pueblo que se vuelva de perseguir a sus hermanos? (2 Samuel

2:26). David reconoció que Abner había sido príncipe y grande en Israel y que Asael y sus hermanos eran demasiado duros. “Las armas de nuestra milicia no son carnales” (2 Corintios 10:4).

¿Qué lección aprendemos? Reconocemos la debilidad que existe en algunas asambleas. Hay ancianos que tienen el señorío sobre la grey, y no son aptos. No tienen don ni capacidad para alimentar a la grey. Pero mantienen su autoridad, como Isboset, ya apoyados por muchos. Hay jóvenes que en su celo juvenil quisieran derribarlos. Ellos mismos manifiestan capacidad, pero a veces se nota el espíritu de vanagloria en su predicación. Desean predicar a Cristo, pero por envidia y contienda. El error no se corrige carnalmente. ¡Cuidado de no ser un Asael! Él no es el único joven celoso y bueno que ha caído. “Ten cuidado de ti mismo”. “Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza” (1 Timoteo 4:12). Sea usted ejemplo, amado joven, y ore mucho para que el Señor le levante a su tiempo.

David no apoyó la matanza de Isboset como la forma divina de quitar el usurpador. Él tenía paciencia, confiado en el Señor, y “David se iba fortaleciendo, y la casa de Saúl (Isboset) se iba debilitando” (2 Samuel 4:10-11, 3:1). La juventud necesita aprender esta lección de fe, siempre impetuosa y celosa, y la paciencia espiritual.

4 David

Relatamos en un escrito anterior que Saúl había sido escogido según el corazón del hombre; nosotros naturalmente somos parciales a las cualidades físicas de alto, fuerte, guerrero. Pero David, el segundo rey oficial de Israel, fue escogido “según el corazón de Dios”. Esto no quiere decir que David era perfecto, como era Cristo, sino que se destacaba entre los demás hombres como llenando los requisitos divinos de un rey. Dios buscaba al hombre de humildad, piedad, fe, amor y disposición a perdonar. No había otro hombre que manifestara estas características más que David.

Humildad, piedad y fe

En el capítulo 17 de 1 Samuel se revelan las cualidades de David. Él no tenía veinte años, no habiendo alcanzado la edad de servicio militar en Israel (Números 1:3). Pero este joven ya conocía a su Dios personalmente y el Señor estaba con él (1 Samuel 16:18). No era neófito, porque su fe había crecido bajo las pruebas en el campo. Su confianza en Dios le libró de las garras del león y del oso (v. 37). No era obrero descuidado, porque cuando su padre le envió al campo de batalla, no dejó las ovejas solas, sino al cuidado de un guarda (v. 20). Era hijo pronto para obedecer, porque en cumplimiento de la solicitud de su padre, se levantó de mañana para hacer su voluntad (v. 20). La distracción del campo de batalla (v. 21), no provocó descuido en David; primeramente cumplió su misión, entregando la encomienda al encargado (v. 22). Sus hermanos mayores eran hombres más nobles y altos que él (1 Samuel 16:6,7). Les faltó a ellos el coraje de dar frente a Goliat, pero despreciaron a David, acusándole falsamente de soberbia y malicia (v. 28). David manifestó su humildad bajo tal provocación. En vez de soltarles la lengua, burlándose de ellos como pusilánimes, él les contestó con calma: ¿Qué he hecho yo ahora? ¿No es esto mero hablar? (v. 29).

Proverbios 16:32 dice : “Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñoa de su espíritu, que el que toma una ciudad”. David logró ganar la batalla después contra Goliat, pero ya había ganado una batalla mayor; la de adentro, luchando contra su propia naturaleza. Era lento para airarse; sabía domar su espíritu por la gracia divina.

No era temerario, pero tenía plena fe en el Señor al salir contra Goliat. “Yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos”. Después de la victoria, él llevó la espada de Goliat a su tienda (v. 54) pero no la guardó para vanagloriarse. La presentó al Señor como un trofeo para la gloria del Señor (Sabemos esto, porque ella se halló después en la Casa de Dios con el sacerdote, 21:9). ¡Que el Señor nos ayude a ser prudentes en nuestras palabras como David (1 Samuel 16:8), mansos, humildes, obedientes, cuidadosos, píos y fieles!

Hombre perdonador, amoroso y paciente

“David se conducía prudentemente en todos sus asuntos, y Jehová estaba con él” (1 Samuel 18:14). Esto provocó en Saúl la envidia, y le condujo a buscar la muerte de David. Cuando Saúl le tiró una lanza para matarle, David tuvo que huir, y pasó quizás doce años como fugitivo. Pero en ninguna ocasión buscó David la venganza. Con paciencia él esperaba hasta que Dios mismo se vengara por él. Con amor, buscó el bien de su enemigo. Dos veces cuando David huía en las montañas y en las cuevas, Dios le dio la oportunidad de matar a Saúl. Pero en ambas ocasiones David le perdonó. “No os venguéis vosotros mismos, amados míos ... si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer ... no seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Romanos 12:19-21) (Vea 1 Samuel 24:3-6, 26:7-12).

En una ocasión David fue tentado a vengarse, no de Saúl sino de Nabal. Aquel perverso maltrató y zahirió a los siervos de David (1 Samuel 25). David salió con cuatrocientos hombres, ceñidas las espadas, para matar a Nabal. Pero Abigail, la esposa de Nabal, mujer sabia y humilde, salió al encuentro y le apaciguó. Le aconsejó que perdonara a su enemigo, diciendo: “Cuando Jehová te establezca por príncipe sobre Israel ... no tendrás motivo de pena ni remordimiento por haberte vengado por ti mismo”. No es fácil que un hombre grande reconozca una falta, mucho menos cuando es corregido por una mujer. Pero la grandeza de David se manifestó en su humildad al admitir su ligereza, diciendo: “Bendito sea tu razonamiento, y bendita tú, que me has estorbado hoy ... de vengarme”. Dios le honró a David, y diez días después murió Nabal.

Salmos caracterizados por franqueza

Escribió muchos de sus salmos en los días de sus aflicciones. Por consiguiente, ellos expresan los mismos sentimientos comunes a tantos otros creyentes. La grandeza de David se manifiesta en su franqueza de admitir su propia debilidad. Luego el triunfo se lo ganó por medio de su confianza en Dios, así como su amparo y fortaleza. Salmo 23 puede ilustrar cómo él sentía la debilidad como oveja delante de Goliat, pero confió en el poder del Señor como su Pastor. Aquel Valle de Ela era como valle de sombra de muerte, pero David podía decir: “No temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo”. David admite que él sentía miedo en varias ocasiones, como expresa en Salmo 34. Su miedo le condujo a fingirse loco delante de Abimelec, pero luego él escribe en versos 4 y 6: “Este pobre clamó, y le oyó Jehová y le libró de todas sus angustias. Busqué a Jehová, y él me oyó, y me libró de todos mis temores”.

También se manifiesta su franqueza en confesar su falta contra Urías y Betsabé. Aunque había encubierto su pecado por tiempo, él no siguió en hipocresía cuando Natán le señaló como culpable. En Salmo 51, reconoce que su pecado era rebelión, maldad y contaminación delante de Dios; que era resultado de la maldad de su propio corazón, y que él no tenía el espíritu recto. Él buscó el perdón y no siguió más en el pecado. Resultó que se cumplió Proverbios 28:13: “El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia”.

Ensalzamiento y gloria

David no se regocijó en el juicio de Dios contra su enemigo, Saúl; lo lloró. Era más recto que Esaú quien aprovechó el juicio de Dios contra Judá. Dios condenó a Esaú (Edom) diciendo: “No debiste haberte alegrado de los hijos de Judá en el día en que se perdieron ni debiste haberte jactado en el día de la angustia”. (Abdías 12). La gloria de la corona no provocó a

David a olvidarse de la misericordia. Buscó a los familiares de su enemigo para hacerles bien. Su gracia en llevar a Mefiboset, nieto de Saúl y hombre cojo, a sentarse a la mesa real, se destaca como uno de los hechos más nobles de la historia humana. La prosperidad de David no le condujo al egoísmo. Su benevolencia se mostró en compartir los bienes con otros (1 Crónicas 16:3).

La vejez

Es más difícil acabar bien la carrera que empezarla. El diablo no cesa de asecharnos. En su vejez, David manifestó debilidad en su trato con Absalón. También se equivocó en su mandamiento de tomar el censo del pueblo. Pero creció en el corazón de David su amor a la Casa de Dios. La comunión con Dios es más preciosa que la gloria del éxito.

Saúl no había tenido interés en el Tabernáculo. El Arca del Pacto había sido llevada por los filisteos. Luego permaneció por veinte años durante el reinado de Saúl en la casa de Abinadab en Quiriat-Jearim. David anhelaba llevar el arca a un tabernáculo en Jerusalén, porque Dios había desamparado a Silo donde estaba el antiguo tabernáculo. Dios estaba personalmente con David, pero no moraba entre los querubines en el Lugar Santísimo, en su Casa. David propuso llevar el arca en un carro nuevo. La cosa parecía bien a todo el pueblo. Pero la voluntad de David y el acuerdo del pueblo no bastaban a Dios. Era necesario hacerlo según los principios divinos, llevándola sobre los hombres de los levitas (1 Crónicas 13:3-11, 15:1-28).

Cuando se cumplió esto, luego nació en el corazón de David el deseo de preparar una Casa de Dios más permanente y gloriosa (1 Crónicas 28 y 29). Dios escogió que su hijo Salomón, hiciese la casa, pero le reveló a David el diseño (28:11,19). David, en su vejez, hizo muchos preparativos. Dijo: “Por cuanto tengo mi afecto en la casa de mi Dios, yo guardo en mi tesoro particular oro y plata que, además de todas las cosas que he preparado para la casa del santuario, he dado para la casa de mi Dios”. Habiendo dado tan buen ejemplo, él pudo decir: “¿Quién quiere hacer hoy ofrenda voluntaria a Jehová?” (29:3-5).

¡Ojalá tengamos ejercicio en cuanto a nuestros bienes para no dejarlos a los inconversos o al anticristo cuando venga el Señor!

David terminó sus días como peregrino verdadero. Él oró: “Nosotros extranjeros y advenedizos somos delante de ti, como todos nuestros padres ... yo sé que la rectitud te agrada ... conserva perpetuamente esta voluntad del corazón de tu pueblo, y encamina su corazón a ti”. ¡Que así sea!

5 Salomón

Salomón era el rey más glorioso de Israel, pero desgraciadamente se degeneró para dejar un ejemplo muy lamentable. Era el más sabio y preparado de todos los hombres (1 Reyes 3:12). Pero después, él no puso por obra su conocimiento. Habiendo enseñado a otros el camino de la sabiduría, él mismo se apartó de ella. Los tales serán pequeños en el reino futuro (Mateo 5:19).

El contenido de los mismos libros escritos por él indica que él escribió Cantar de los Cantares en su juventud, antes de contaminar la pureza de su amor. Escribió el libro de Proverbios durante los siguientes años de buen testimonio que culminaron con la venida de la Reina de Sabá a Jerusalén. Luego él se enredó en los pasatiempos, placeres y vanidades de este mundo, los cuales le condujeron al pecado. Él malgastó veinte de los mejores años de su vida viviendo perdidamente. Al fin se restauró y Dios le usó para escribir el libro de Eclesiastés como una confesión de la vanidad de sus años derrochados.

Su vida es ilustración de los que conocen la sana doctrina pero no la practican. En su juventud, Salomón no pidió riquezas sino sabiduría (2 Crónicas 1:7-12). Dios le dio tanto conocimiento que él llegó a ser más sabio que todos (1 Reyes 4:31). Escribió tres mil proverbios. ¡Qué consejos tan claros nos da, para guiarnos en el buen camino! ¡Qué advertencias tan llamativas nos presenta para guardarnos de las concupiscencias, la borrachera, la ociosidad, etcétera! Él recibió también el diseño del templo, el cual fue revelado a su padre David por el Espíritu (1 Crónicas 28:11-13,19). Salomón cumplió debidamente estas instrucciones en la hechura de la Casa de Dios (2 Crónicas 3:3). Pero luego se descuidó en su vida personal, y progresivamente se entregó a las cosas mundanas y pasionales hasta desamparar aquella casa.

Dos cosas principales le condujeron a la insensatez. Primero: se enredó en las cosas “inocentes”. “Dije yo en mi corazón: Ven ahora, te probaré con alegría” (Eclesiastés 2:1). ¡Cuidado con los placeres de este mundo! No basta decir que no hay ningún mal en eso. Las cosas mundanas le pueden enredar y robar el tiempo precioso que usted debe dedicar al Señor. Segundo: “Engrandecí mis obras ... me hice huertos y jardines ... tuve posesión grande ... me amontané también plata y oro ... me hice de cantores y cantoras, de los deleites de los hijos de los hombres, y de toda clase de instrumentos de música” (versos 4-8). Estas cosas le condujeron a la gratificación de la carne y pronto cedió a las concupiscencias. Luego sus mujeres le llevaron a la idolatría.

Nos llama mucho la atención el desliz de Salomón, considerando su gran conocimiento. Dios había aconsejado a otro líder, Josué: “No se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito”. ¿Faltó Salomón en hacer igual? En Deuteronomio 17:16-18, Dios dio cuatro mandamientos especiales al rey. La Biblia relata cómo Salomón quebrantó las tres prohibiciones. Él multiplicó caballos, multiplicó la plata y el oro, y también multiplicó mujeres. Su desobediencia en estas cosas pone al descubierto su descuido en la cuarta cosa: “Cuando se siente sobre el trono de su reino, entonces escribirá para sí en un libro una copia de esta ley, del original que está al cuidado de los sacerdotes levitas” (El original estaba guardado al lado del arca). (Deuteronomio 31:24-26). Era el deber del rey poseer su propio ejemplar de la Palabra de Dios, escrito con su propia mano. Sin duda, Salomón descuidó la meditación diaria en él.

¿Qué de nosotros? ¿Estamos en la asamblea meramente por costumbre, sin tener convicción personal por el estudio de las Escrituras? Entonces fácilmente nos extraviaremos a asistir a cualquiera congregación desordenada, diciendo, “lo mismo da”. ¿Estamos enredándonos en los asuntos de la vida, del trabajo, de la familia, de los pasatiempos y distracciones? ¿Estamos faltando en la lectura diaria de la Biblia y en la oración? Entonces todo el conocimiento de la sana doctrina no nos guardará de las tentaciones. Fácilmente cederemos a las pasiones. Cuando Salomón cedió a la carne, entonces sus amores le llevaron a la idolatría. Sus mujeres desviaron su corazón (1 Reyes 17:3). Nadie debe citar la concupiscencia de Salomón como licenciar para seguir su mal ejemplo. La Biblia declara categóricamente que el Señor se enojó contra Salomón por apartarse de la santidad (verso 9).

Después de años de mundanalidad y pecado, Salomón volvió en sí. Sintió la vanidad de todo. Los últimos capítulos de Eclesiastés revelan que Salomón se restauró al Señor, aunque no pudo recobrar los años perdidos ni enderezar el camino torcido (Eclesiastés 1:15). Acuérdense al leer este libro que el Espíritu le inspiró a escribir los pensamientos humanos (los terrenales debajo del sol) para que podamos distinguir los pensamientos divinos dados por revelación de Dios.

Hubo una ocasión cuando Salomón se destacó como tipo del Señor Jesús en su reino milenario. Aproximadamente a los treinta años de edad, él fue victorioso sobre la tierra prometida; ya había paz universal y prosperidad (1 Reyes 4:21-24). El tiempo estaba en su gloria, tanto que su luz resplandeció a todas las naciones. La reina de Sabá oyó de la fama de

Salomón en cuanto al Nombre de Jehová. Esta condición es ilustración de la gloria, paz y prosperidad del reino de Cristo. ¡Qué triste que Salomón haya manchado su testimonio! Nosotros esperamos la venida de Cristo, el mayor que Salomón, cuya gloria nunca se manchará.

6 Roboam

La gloria de la nación menguó después de la muerte de Salomón. Él tenía varias hijas (1 Reyes 4:11,15), pero sabemos de un solo hijo, Roboam. Este tenía cuarenta y un años cuando murió su padre, y no era ignorante de todos los proverbios que había escrito, muchos de los cuales fueron dirigidos a él. Si Roboam hubiera atendido a los escritos en Proverbios 15:1, 17:14, él no habría actuado sin cordura al principio de su reinado, para provocar la división en la nación.

Las semillas de la revuelta se habían sembrado en los días de la frialdad espiritual de Salomón. Este había exigido trabajos forzados de su pueblo, haciendo peones de miles de ellos para consumir sus grandes obras de vanidad (Eclesiastés 2:4-11). Estos oprimidos llegaron a Roboam diciendo: “Tu padre agravó nuestro yugo, mas disminuye tú algo de la dura servidumbre de tu padre, y del yugo pesado que puso sobre nosotros y te serviremos”. Los ancianos más experimentados y espirituales que Roboam le aconsejaron: “Si tú fueres hoy siervo de este pueblo y lo sirvieres, y respondiéndoles buenas palabras les hablares a ellos te servirán para siempre” (1 Reyes 12:7). Jesús confirmó tal consejo, y dio buen ejemplo: “El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir”. (Mateo 20:26-28).

Roboam no acató los consejos de ellos. Tomó el mal consejo de los jóvenes que se habían criado con él. Aquellos, creyendo tener una parte en el gobierno, insistieron que sólo se manda con la vara (1 Reyes 12:10). Pero a la juventud les falta la experiencia de los ancianos, aunque sean más letrados que sus padres. Pablo habló a Timoteo de ciertos hombres que dominaban y se oponían entre las iglesias (2 Timoteo 2:25, 4:14). Para corregir tal error, él le aconsejó como joven que no actuara como dictador. “No reprendas al anciano, sino exhortalo como a padre” (1 Timoteo 5:1). Le dijo que para poder dirigir a otros, él debía hacerse buen ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza (1 Timoteo 4:12-16). Esta es la única manera en que un joven puede ganar el respeto para luego gobernar bien.

Resultó que Roboam respondió al pueblo ásperamente. Sus palabras prendieron la mecha que hizo estallar la revolución. Diez tribus se dividieron bajo Jeroboam y se llamaban Israel. Roboam quedó como rey sobre Judá; y Benjamín y Leví le siguieron fielmente. Roboam tenía razón en cuanto al reconocimiento de Jerusalén como el lugar escogido por Dios para poner su nombre. El Templo era el único centro de reunión reconocido por Dios. Las diez tribus no podían justificarse en la división, a pesar de quejas legítimas. Pero Roboam no actuó con espiritualidad. Primeramente envió con exigencias a Adoram, a quien Israel mató. Luego reunió un ejército para forzar a Israel a la obediencia (1 Reyes 12:18-21).

Pero, “las armas de nuestra milicia no son carnales” (2 Corintios 10:4). No se gana nada en asuntos espirituales por la fuerza. Dios le exigió que desistiera. El retorno a la obediencia de parte de los que se han alejado de la verdad, se gana por medio de la perseverancia de parte de los fieles que dan un testimonio ejemplar. Estos no deben apartarse para acompañar a los rebeldes en ninguna actividad (Romanos 16:17). Hoy día hay muchas divisiones entre el pueblo cristiano. Las asambleas que se congregan en el Nombre del Señor según el diseño

apostólico deben procurar perfeccionar su propio ejemplo. No debemos acompañar a los que se apartan de la doctrina de los apóstoles. Si servimos con ellos en sus actividades y campañas, estamos apoyando sus prácticas y doctrinas, y edificando lo que no es de Dios. Debemos corregir nuestros propios errores para atraer a los otros creyentes a los caminos bíblicos.

Roboam tenía celo por la verdad, y anduvo bien por algunos años. Pero él no perseveró en la doctrina. Por lo tanto no llegó a guiar a Israel a la santidad de la Casa de Dios, ni a reparar el daño hecho por la división. “Cuando Roboam había consolidado el reino, dejó la ley de Jehová y todo Israel con él. Él hizo lo malo, porque no dispuso su corazón para buscar a Jehová”. “Y Judá hizo lo malo ante los ojos de Jehová, y le enojaron más de lo que sus padres habían hecho en sus pecados que cometieron” (2 Crónicas 12:1,14, 1 Reyes 14:22-24).

Cuando sostenemos una posición estricta en cuanto a la doctrina, tenemos que mantener mayor justicia y santidad de vida. Si el diablo no nos puede desviar en asuntos doctrinales, entonces él pondrá todo tropiezo para hacernos caer en pecado y manchar el testimonio al Nombre del Señor. La persona que procura mantener carnalmente un dominio sobre la grey, exigiendo el orden por la fuerza, está expuesta a las artimañas del diablo. Debemos contender ardientemente por la fe, pero con humildad y espiritualidad, sin ser contenciosos (Judas 3, 2 Timoteo 2:24,25).

7 Jeroboam

Es triste ver a un hermano prometedor cuya capacidad le conduce a la soberbia, y después al naufragio espiritual. Tal fue la experiencia de Jeroboam.

“Y este varón Jeroboam era valiente y esforzado; y viendo Salomón al joven que era hombre activo, le encomendó todo el cargo de la casa de José ... y dijo Dios ... Yo, pues te tomaré a ti, y tú reinarás ... y si prestares oído a todas las cosas que te mandare, y anduvieres en mis caminos, e hicieres lo recto delante de mis ojos, guardando mis estatutos y mis mandamientos, ... yo estaré contigo” (1 Reyes 11:27,37,38).

Pero Jeroboam no siguió bien. Por supuesto, había causas que le hubieran servido de excusas por sus acciones. Salomón no le trató bien y él tuvo que huir a Egipto. Muerto Salomón, regresó. En vez de esperar el cumplimiento de la promesa de Dios, él sublevó al pueblo y provocó una rebelión en oposición a Judá. Expuso las faltas del reinado de Salomón y atacó el carácter dictador de Roboam. Es claro que existían estas faltas, pero los errores de otros jamás justifican una acción carnal de parte de aquel que profesa corregirlos. Los errores tienen que ser corregidos bíblicamente; de otro modo conducirán a peores errores.

El primer error que resultó del egoísmo de Jeroboam fue el desprecio de la Casa de Dios en Jerusalén. Para mantener su propia causa, Jeroboam se apoyó en dos razones: la conveniencia y el ejemplo de otros.

El estableció dos santuarios, uno en Bet-el en el sur, y otro en Dan en el norte. Luego dijo al pueblo que era más conveniente ir a las reuniones cercanas en vez de pasar aquellos santuarios e ir más lejos a Jerusalén (1 Reyes 12:26-29). Le faltaba la convicción de ver lo que mandaba Dios.

La obediencia a los estatutos divinos cuesta, pero más vale sacrificar algo para ir más lejos y asistir al lugar donde Dios ha puesto su Nombre, donde se honran sus mandamientos y se guardan sus palabras. La asistencia de conveniencia no agrada a Dios.

Hizo dos becerros de oro. En el templo había dos querubines de oro que demostraban la santidad de Dios. Él es invisible y no había ninguna imagen de él en el lugar santísimo. Jeroboam sustituyó los dos querubines por dos becerros de oro como símbolos del poder del Dios invisible. En hacer esto, él tenía el apoyo del ejemplo de otros. En el desierto, Aarón también había cedido a la presión del pueblo desobediente, e hizo un becerro de oro. Este mal ejemplo bastaba para apoyar a Jeroboam en decir al pueblo: “He aquí tus dioses, oh Israel, los cuales te hicieron subir de la tierra de Egipto”. Esta es una cita del pasaje en Éxodo 32:4, pero él no citó el resto, cómo Dios condenó a Aarón. Para citarla, Jeroboam buscó consejo (v. 28) pero no el consejo de Dios.

Hoy día hay los que oyen mal consejo de los que dicen que los cambios modernos son realmente lo mismo como las formas apostólicas. Dicen que no hay mal en usar pedazos de pan o galletas en la Cena del Señor en vez de un solo pan; dicen que no hay diferencia entre bautizar por inmersión y por rociamiento. Ellos citan el caso de grandes evangelistas que han hecho tales cosas, como lo hizo Aarón. Luego tuercen las Escrituras, citando algunos versículos para apoyar su error, como lo hizo Jeroboam. Pero no nos importa si Lutero u Fulano de Tal hayan hecho tal cosa. Si no está escrito en la Biblia, si no se conforma al mandamiento de Dios en el Nuevo Testamento, entonces es error.

Todo error pequeño conduce a errores peores. “Y esto fue causa de pecado: porque el pueblo iba a adorar delante de uno hasta Dan” (verso 30). Dan era el primer centro de un sacerdocio no autorizado por Dios y de imágenes en Israel (Jueces 18:29-31). Resultó que Jeroboam introdujo tales errores según la práctica de siglos pasados en Dan. Hizo sacerdotes de entre el pueblo, que no eran de los hijos de Leví. Entonces sustituyó una fiesta solemne en el octavo mes, a los quince días del mes, conforme a la fiesta solemne que se celebraba en Judá en el mes que él había inventado en su propio corazón (1 Reyes 12:31-33). Dios había escogido el séptimo mes para el tercer grupo de fiestas en Jerusalén, pero esto no le importaba a Jeroboam.

Tampoco les importa a muchos creyentes celebrar la Cena del Señor fuera del orden establecido por Dios. Ellos escogen el primer domingo del mes o del trimestre, y ordenan que no se celebre sin la presencia de un ministro autorizado por los hombres, como si fuera un sumo sacerdote. La Biblia establece el sacerdocio cristiano como herencia de todo creyente (1 Pedro 2:5,9, Hebreos 10:19-22). Las iglesias apostólicas celebraban la Cena del Señor sin la presencia de oficiales especiales (Hechos 2:42, 20:7, 1 Corintios 11:2,23-26). Las palabras, “todas las veces ... en memoria de mí”, se refieren a las reuniones del primer día de la semana, según está escrito en Hechos 20:7, 1 Corintios 16:1,2.

Era la práctica de la asamblea de Troas celebrar la Cena cada domingo. Pablo y ocho viajeros más se demoraron siete días para acompañar a la iglesia en su reunión de la Cena, cuando Pablo les dio su último mensaje.

No sigamos, pues, el mal ejemplo de Jeroboam. Cuando un varón de Dios le corrigió, él procuró echarle mano, pero Dios le castigó fuertemente (1 Reyes 13:1-5). Luego otro profeta le testificó el juicio de Dios, diciendo: “Tú no has sido como David mi siervo, que guardó mis mandamientos ... sino que hiciste lo malo sobre todos los que han sido antes de ti ... y a mí me echaste tras tus espaldas”. ¡Que hagamos nosotros lo que agrada al Señor, y no lo que bien a nosotros parezca!

8 Abiam (Abías)

Este fue el segundo rey de Judá una vez dividida la nación entre “Israel” y “Judá”. Su corta historia se halla en 1 Reyes 15 y en 2 Crónicas 13. Se habla mal de este rey en el libro de

Reyes y se dicen cosas buenas referentes acerca de él en Crónicas, un hecho que nos da a entender que estos libros son complementarios y no repetición, como aseguran algunos. En el libro de las Crónicas, por lo regular, Dios nos enseña los hechos que sirven de ejemplo y de provecho en las vidas de los reyes, sin hablar mucho de sus faltas. Pero en el libro de los Reyes, Dios saca a la luz todo el pecado y nos enseña el cuadro final de sus vidas, como una advertencia a nosotros.

Entonces, aprendamos lo bueno escrito en las Crónicas. Se dice que “hubo guerra entre Abías y Jeroboam”. La batalla en sí no era cosa buena. Los dos grupos en división (Israel y Judá) eran hermanos. Por lo tanto no se justificaba una guerra. Dios había mandado a Roboam a dejar de pelear contra Jeroboam (2 Crónicas 11:1-4). Pero cuando por fin estalló la guerra, Dios castigó a los más culpables. Nunca debemos pelear entre hermanos. Las divisiones son causa de pleitos. Bueno es seguir el ejemplo de Abraham con Lot, y retirarse unos de otros en vez de seguir en contenciones. Mejor sería volver en humillación con obediencia a la Biblia, para echar la base justa y adecuada de la unidad. “Si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros” (Gálatas 5:15).

Abías, en vez de atacar con espada, empezó a exhortar a sus enemigos. Él hizo ver a Israel que ellos habían hecho mal en dividirse; habían rechazado el sacerdocio divino y el lugar del santuario escogido por Dios; habían andado según su propio parecer (13:8-11).

Pero Jeroboam hizo caso omiso de la reprensión, y atacó con su ejército. Luego el pueblo de Judá, en su apuro, clamó al Señor. Dios nunca desampara a los que le buscan de todo corazón. Por lo tanto los oyó, y los libró de sus enemigos. “Invócame en el día de angustia; te libraré y tú me glorificarás” (Salmo 50:15).

Sin embargo, Abías no glorificó a Dios como resultado de su ayuda. Más bien se entregó a las concupiscencias, siguiendo el mal ejemplo de su abuelo; tomó catorce mujeres y engendró treinta y ocho hijos. De modo que Abías solamente hizo bien cuando se humilló a clamar a Dios. Pasada la prueba, él volvió atrás.

En el libro de los Reyes Dios nos da su opinión verdadera acerca de él. Se ve que Abías había sido hipócrita cuando dijo: “Dios mismo es con nosotros como capitán”. Abías no anduvo con Dios después, sino que permitió la idolatría en su familia. Su propia madre tenía un ídolo, y Abías no tuvo el valor de destruirlo; su hijo lo hizo después (1 Reyes 15:13). No solamente creció la idolatría sino también la inmundicia de la sodomía. Muerto él, su hijo tuvo que limpiar el país de tales cosas. También 2 Crónicas 14:3 revela que a pesar de haberse jactado delante de Jeroboam que Judá tenía sus sacerdotes y levitas en el Templo, Abías no permitió que ellos enseñaran la ley. Él tenía la apariencia de la verdad, sin la obediencia a ella.

Es vanidad decir que apoyamos la sana doctrina si no la practicamos. ¿De qué vale profesar que Dios es con nosotros, y exhortar a otros acerca de su desobediencia, si nosotros mismos, como Abías, albergamos cosas malas en nuestra propia familia? “Tú, pues, qué enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras?” (Romanos 2:21).

Hay muchas cosas que llegan a ser ídolos; el mismo trabajo puede conducirnos a la avaricia, que es idolatría (Colosenses 3:5); las ocupaciones mundanas, como el televisor, pueden robar al Señor de tener el primer lugar en nuestro corazón. Entonces nuestra profesión, “Dios es con nosotros como capitán”, será vana, como en el caso de Abías. Cuando Dios escriba nuestra historia en sus archivos celestiales, ¿tendrá que decir, como dijo de Abías, “No fue su corazón perfecto con Jehová su Dios”? (1 Reyes 15:3).

9 Asa

La historia de Asa es más halagüeña que la de su padre Abías. Él empezó bien, tenía convicción, mostraba carácter en corregir los males y manifestó fe en Dios y en la oración. Pero, desgraciadamente, el descuido le condujo a extraviarse, no moralmente, sino doctrinalmente.

Asa tenía mucho en contra cuando empezó a reinar. Sus padres habían desamparado la casa de Dios, edificando otros santuarios en lugares altos. Estos habían conducido la nación a la idolatría y a la inmoralidad. Asa destruyó todo esto (2 Crónicas 14:2-5). Incluso, destrozó la imagen de su misma abuela, y le quitó la honra de ser reina (2 Crónicas 15:16). ¡Qué fidelidad, sin acepción de personas! Tantas veces faltamos porque corregimos los errores en otros, pero cuando aparecen las mismas cosas en nuestros familiares, callamos. Debemos ser más estrictos en cuanto a nuestros familiares porque ellos afectan nuestro propio testimonio.

Cuando Asa había fortalecido su reino, vino un enemigo formidable. Llegó Zera, etíope, con un millón de soldados y trescientos carros armados. Asa actuó con espiritualidad. Oró con palabras ejemplares. “¡Oh Jehová, para ti no hay diferencia alguna en dar ayuda al poderoso y al que no tiene fuerza! Ayúdanos ... porque en ti nos apoyamos, y en tu nombre venimos contra este ejército” (2 Crónicas 14:9-12). Él reconoció su debilidad y confió enteramente en el poder de Dios. También anduvo en la seguridad de hacer la voluntad de Dios, de modo que actuó en su nombre. El resultado fue la victoria.

Dios luego confirmó su actuación pero le advirtió en cuanto a la necesidad de la perseverancia. El profeta Azarías le dijo: “Jehová estará con nosotros, si vosotros estuviereis con él ... si le dejaréis, él también os dejará. Muchos días ha estado Israel sin sacerdote que enseña y sin ley” (2 Crónicas 15:2,3). Resultó que Asa tomó el consejo y obedeció la ley. Restableció el orden de los sacrificios y reunió todo el pueblo en el mes tercero, que sería para la fiesta de Pentecostés en Jerusalén. Allí todos “prometieron solamente que buscarían a Jehová ... de todo corazón” (versos 8-12).

El avivamiento se mantuvo en la nación, pero desgraciadamente Asa mismo se extravió. Cuando Baasa, rey de Israel, invadió su territorio, en vez de confiar en su Dios como antes, él buscó yugo desigual con el rey impío de Siria. “Haya alianza entre tú y yo”. Él pagó a Benhadad para invadir a Israel y librarle de la amenaza. El profeta Hanani le reprendió fielmente. Dijo: “Los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen el corazón perfecto para con él. “Locamente has hecho en esto”. (2 Crónicas 16:7-10).

¡Qué triste leer que Asa no se humilló! Se enojó contra el profeta y le echó en la cárcel. No podemos resistir la palabra de Dios sin sufrir, y sin volver atrás. “El que ama la instrucción ama la sabiduría; mas el que aborrece la reprensión es ignorante”. “El que guarda la corrección vendrá a ser prudente”. “El que tiene en poco la disciplina, menosprecia su alma” (Proverbios 12:1, 15:5,31).

Su extravío y rechazo de la corrección le trajo la disciplina del Señor. Se enfermó gravemente. Luego en su enfermedad no buscó a Jehová, sino a los médicos (2 Crónicas 16:12). Esto no es una condenación de los médicos, sino una aclaración. Dios quiere que tengamos fe en él, y que entendamos que el mejor médico no puede hacer nada si Dios no está dispuesto a orarnos. Debemos primero buscar a Dios en la oración, y luego buscar consejo médico según Dios nos guíe. Muchos creyentes, por rechazar los errores de los falsos sanadores que llegan en sus “campañas de fe”, cometen otro error en negar por completo su fe en Dios. Aunque no hay dones milagrosos de sanidades hoy, Dios es el mismo en quien debemos confiar, y a quien debemos honrar.

Son muchos los que tienen más fe en la farmacia que en Dios; su casa está llena de un sinfín de remedios dudosos. Cuando usted se enferme, no haga como Asa. Busque primero al Señor. Ore mucho para que el Señor le guíe en lo que debe hacer. Puede ser que su enfermedad sea el resultado de su propio pecado, o de su descuido como en el caso de Asa. En tal caso, usted necesita la confesión y el consejo de la palabra de Dios más que al médico. Luego ore que el Señor le guíe a un médico honesto y capaz. Hay muchos que son meros comerciantes de recetas.

Hablando generalmente de su vida, Dios indicó que Asa hizo lo recto (1 Reyes 15:11). Pero, ¡ojalá que no hubiera hecho la alianza con aquel impío! ¡Ojalá que no se hubiera puesto duro contra la corrección del profeta! y, ¡ojalá que hubiera perseverado en la fe y en la oración! Las faltas en su vejez mancharon una vida buena.

10 La anarquía

Después de la muerte de Jeroboam, le siguieron cinco dictadores sobre el trono de Israel (no Judá), hasta los días de Acab. La anarquía reinaba. La división siempre trae sus tristes resultados. Cuando las diez tribus se separaron de Judá y se apartaron de Jerusalén, ellas tenían sus justas quejas en cuanto al gobierno pasado. Pero ninguna queja justifica el apartarse de los principios bíblicos para sustituirlos por los mandamientos de los hombres. Hay que mantener el orden en obediencia a los mandatos de Dios y conforme al diseño divino. La nación que se independizó no siguió bien.

Pero Dios siempre buscó el bienestar de los fieles que se dejaron llevar por Jeroboam. Él les envió tribulaciones como disciplina. Resultó que después de los días turbulentos de Jeroboam, reinó Nadab su hijo. Pero él duró apenas dos años antes que lo matara Baasa. Este procuró asegurar su dictadura ni matar también a todos los familiares de Nadab. Logró mantener el poder por veinticuatro años. Pero muerto Baasa, su hijo Ela reinó solamente dos años cuando estalló otra rebelión. Zimri, capitán del ejército, mató al rey y tomó el poder. Posteriormente, él mató a todos los de en casa de Ela, pero siete días después otro capitán llamado Omri se levantó contra él. Zimri se suicidó, dejando el reino en confusión. La mitad siguió a Omri, y otra mitad a Tibni, hasta que Omri ganó, y reinó por doce años (1 Reyes 15:25 al 18:28).

¡Qué confusión resulta cuando cada uno busca lo suyo propio y no lo que es de Dios! Al volver a leer estas historias, nos damos cuenta de la causa de esta tristeza. El rey “anduvo en el camino de su padre (Jeroboam), y en su pecado con que hizo pecar a Israel”. El pecado de Jeroboam fue si de dejar el lugar escogido por Dios (Jerusalén), y establecer su propio orden de culto en Dan y Be-tel. La desobediencia siempre conduce a peores cosas y a la gran confusión (1 Reyes 15:26,34, 16:7,28).

Hay debilidades entre las asambleas que se congregan en el Nombre del Señor aunque profesan seguir los principios apostólicos y el diseño dado en las Escrituras. Pero hay peores cosas en otros lugares donde se ha establecido un orden que no está, basado en la doctrina de los apóstoles. Tantas veces se ve confusión y anarquía. Cada uno busca la preeminencia. ¡Qué tengamos cuidado de no degenerar igualmente, para introducir ideas extrañas a la Palabra de Dios!

Cuando hay debilidades, hay que corregirlas. No hay que desamparar la asamblea, sino fortalecerla. El que se va a otro lugar creyendo que le irá mejor allí, puede encontrar experiencias como las de Israel en días de estos cinco reyes.

En 1 Corintios capítulo 12 aprendemos que cada asamblea debe funcionar como funciona el cuerpo humano. Hay muchos miembros, y todos no tienen la misma función, pero todos son

necesarios. La cabeza es Cristo, quien debe dirigir todo; pero en cuanto a los miembros del cuerpo, siempre hay pluralidad de dones. La vista se comparte entre los dos ojos, el oír entre los dos oídos. El olfato se comparte entre las dos ventanas de la nariz, y el palpar se reparte entre los diez dedos. Asimismo toda responsabilidad en la iglesia debe compartirse entre varios.

En el cuerpo humano no hay dos lenguas; es un miembro que actúa solo. Santiago nos recuerda que es el miembro más peligroso y más difícil de controlar (Santiago 3:5-12). Es llamativo que el Espíritu no haya mencionado la lengua en la ilustración del funcionamiento de la iglesia. Cuando uno se levanta solo en la iglesia para actuar como dictador, ¡ay del cuerpo! Acordémonos de Diótrefes en 3 Juan 9, y de la advertencia de Pedro en 1 Pedro 5:3.

Hermanos, no deben haber contiendas ni vanagloria entre nosotros. Si un miembro (como el ojo) está más a la vista pública que otro (como el pie), eso no quiere decir que el otro no es importante. El que tiene más don no debe jactarse de ello, sino usarlo para el bien de todo el cuerpo. El que tiene menos don no debe envidiar al otro para procurar su puesto, sino funcionar en su propio puesto para el bien del cuerpo. El cuerpo no anda bien cuando aun un solo dedo del pie está hinchado o herido. Cuando seguimos el modelo divino de las iglesias, con humildad, amor y consideración, se evitan la anarquía y el desorden en ellas en la forma en que se manifestó en Israel, “No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de otros” (Filipenses 2:4).

Si en el cuerpo humano, un miembro importante como el ojo se enferma, entonces el cuerpo se cuida de no sacar el ojo, sino ponerlo venda y sanarlo. El ojo enfermo puede representar un sobreveedor (anciano) que no cumple con vigilar y pastorear la grey. Si un dedo se enferma, no lo cortamos, sino que procuramos sanarlo con cariño. El dedo puede ilustrar uno entre los muchos servidores responsables, como diácono. De modo que siempre debemos buscar la mejoría y la restauración, y no la amputación (1 Corintios 12:23-26).

En el caso de Israel, cuando Nadab no agradaba al pueblo, Baasa lo cortó de su puesto. Luego cuando Omri se levantó contra Zimri, éste se suicidó. Son ejemplos malos de algunos entre las asambleas. Si un anciano no agrada al pueblo, otro lo aborrece y le hace mal. “Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida” (1 Juan 3:15). Otros, cuando uno les reclama un error, dicen: “Me voy; no sigo más”. Es como un suicidio espiritual. Estos no son los remedios espirituales para las faltas entre el pueblo de Dios.

El último rey mencionado, Omri, trasladó la capital desde Tirza hasta Samaria (1 Reyes 16:24). Este no fue una iniciativa divina, sino un plan humano. Samaria siguió como capital y centro de la división hasta el cautiverio. Aun después, los samaritanos, raza mezclada entre aquellas tribus divisionistas y gente extranjera, persistían en oposición a Jerusalén y a la casa de Dios allí. En los días de Jesús los samaritanos y los judíos no se trataban entre sí, y Jesús, a pesar de su misericordia a algunos como la mujer samaritana, mandó a sus apóstoles que no fuesen a Samaria (Mateo 10:5). Después, cuando se formó la iglesia, que eliminaba las distinciones raciales, Jesús mandó que se predicase en Samaria. Pero fue necesario que los apóstoles manifestaran su comunión y armonía por la imposición de sus manos, para que fuese dado el Espíritu Santo a los samaritanos, de modo que no quedara ningún rasgo de la división antigua (Hechos 8:14-17)

Como dice la advertencia del tránsito, “El único choque que se gana es el que se evita”. Asimismo es mejor evitar los choques en las asambleas. Todos sufren. Hay que seguir en la doctrina de los apóstoles. Sólo así habrá la unidad verdadera. El rey Ezequías dio frente al problema de las tribus que habían apoyado a Samaria. “Envió después Ezequías por todo Israel y Judá, y escribió cartas a Efraín y Manasés, para que viniesen a Jerusalén a la casa de Jehová para celebrar la pascua ... Algunos hombres de Asar, de Manasés y de Zabulón (de la nación sectaria del norte) se humillaron, y vinieron a Jerusalén”, al lugar que Dios había

escogido (2 Crónicas 30:1,11). Cuando hay confusión y anarquía, el único remedio es hacer un llamado para volver a la obediencia a la Palabra como al Principio.

11 Acab

La vida del rey Acab demuestra cómo un hombre puede dejarse llevar por la influencia de una mujer. ¡Cuán importante es el matrimonio! Dos no pueden andar juntos si no están de acuerdo. Cuando uno se casa con una mundana, entonces la justicia comúnmente cede a la injusticia. En tal caso los casados llegan al acuerdo de andar juntos en caminos malos. “Acab ... hizo lo malo ante los ojos de Jehová, más que todos los que reinaron antes que él. Porque le fue ligera cosa andar en los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, y tomó por mujer a Jezabel, hija de Et-baal, rey de los sidonios” (1 Reyes 16:30,31).

El hacer grandes obras en la vida no repara el pecado delante de Dios. Acab siguió el ejemplo de Salomón en hacer obras suntuosas. Hizo edificios forrados en marfil cuyos restos permanecen hasta hoy (1 Reyes 22:39). Pero su maldad permanece escrita en la Biblia hasta hoy y no se borra. En una sola ocasión leemos que Acab se humilló, cuando oyó el mensaje del profeta de Dios, pero su humillación fue pasajera (1 Reyes 21:29). “A la verdad ninguno fue como Acab, que se vendió para hacer lo malo los ojos de Jehová; porque Jezabel su mujer lo incitaba” (1 Reyes 21:25).

¿Quién fue aquella mujer? El nombre Jezabel significa “sin cohabitación” (o sea, siempre virgen). Pero tal nombre fue un disfraz, porque leemos de “las fornicaciones de Jezabel y sus muchas hechicerías” (2 Reyes 9:22). Ella servía al dios falso Baal: destruía a los profetas de Dios y sostenía a los falsos profetas. Acab fue convencido de que Baal no tenía poder y que Jehová era Dios. Elías le había informado que la sequía por tres años y medio vendría por su oración a Jehová. Después sobre el Monte Carmelo, Elías había demostrado el poder de Dios, quien contestó con fuego del cielo, y luego con lluvia por medio de su oración. Pero Jezabel no permitió que Acab fuera influenciado para bien. Ella amenazó de muerte a Elías tanto que él tuvo que huir (1 Reyes 19:2).

Sin embargo, en medio de tanta maldad en el reino, Abdías, mayordomo de la casa de Acab, demostró un carácter fuerte, y no se dejó llevar por Jezabel. Él escondió a cien de los profetas de Dios en una cueva, y dijo a Elías: “Tu siervo teme a Jehová desde su juventud” (1 Reyes 18:12). ¡Qué el Señor levante otros jóvenes fieles como Abdías que perseveren en posiciones de responsabilidad!

Otro hombre también resistió la maldad de Acab, pero sufrió a manos de Jezabel. Nabot sabía que la palabra de Dios no permitía la venta de la heredad (Levítico 25:23). Acab la codició para comprarla, pero Nabot prefirió obedecer a Dios antes que al rey. Jezabel no se dio por vencida. Ella mató a Nabot e incitó a su marido a tomar posesión de la hacienda de aquél (1 Reyes capítulo 21).

Al ejercer dominio sobre Acab, Jezabel dejó ejemplo que otras han seguido hasta hoy. En la iglesia de Tiatira había una como Jezabel. “Tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos. Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación” (Apocalipsis 2:20). Las falsas profecías de ella nos hacen pensar en 1 Reyes capítulo 22, cuando los falsos profetas aconsejaron a Acab y a Josafat.

Los misterios de la influencia del espíritu de mentira en los profetas demuestran que Dios no guarda en los caminos de la verdad a aquel que le desobedece, sino que permite su engaño. Como dice Pedro, “Hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros

falsos maestros que introducirán encubiertamente herejías destructoras” (2 Pedro 2:1). “El Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores” (1 Timoteo 4:1) Si en Tiatira había tales influencias diabólicas, como en los días Acab, ¡cuánto más en estos postreros días!

Se habla de la fornicación que incitó Jezabel. Fue en sentido figurado como habla Santiago: “¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que amistad del mundo es enemistad contra Dios?” (Santiago 4:4). Cuando Acab y Josafat contrajeron parentesco, fue esto el resultado de la fiesta que Acab preparó para Josafat y su familia. Sin duda Jezabel ejerció influencia en casar a la hija Atalías con el joven Joram, hijo de Josafat. En Tiatira también había esta influencia de destruir la separación entre santos y mundanos.

Tal mundanalidad se ve entre las iglesias cuando las hermanas siguen el ejemplo de Jezabel. Ella “pintó los ojos con antimonio y atavió su cabeza”. (2 Reyes 9:3) Al contrario, “vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentos de adornos de oro o de vestid lujosos, sino el interno”. (1 Pedro 3:3). El ejemplo de mujeres con cabello teñido, cara o uñas pintadas, y con adornos mundanos, produce hijas más mundanas. Ellas, como Jezabel, buscan ejercer dominio sobre el hombre. Como ella seducía a “comer cosas sacrificadas a los ídolos”, éstas buscan su alimento espiritual con los ídólatras, adorando las estrellas del cine y de televisión, y participan con los mundanos en sus juegos. Jezabel llevaba el nombre de “siempre virgen”, y las Jezabel modernas dicen que siempre son puras aunque no mantienen la separación del mundo.

Una última referencia a Acab habla del “cordel de Samaria y la plomada de la casa de Acab” (2 Reyes 21:13). Esto indica que la medida de la paciencia de Dios para con Samaria era larga, pero llegó a su fin. Asimismo sería con Jerusalén y después con Tiatira. “Le he dado tiempo para que se arrepienta” (Apocalipsis 2:21). La plomada puesta a la casa de Acab demostró que Acab no era recto, sino que siempre se inclinaba hacia el mal, ejerciendo Jezabel la malvada influencia. Aquello nos alerta para tener andado con los pequeños desvíos de la rectitud, y con las influencias que nos hacen inclinar hacia la desobediencia.

12 Josafat

Josafat se destaca en la Biblia como un hombre bueno pero débil. “Anduvo en todo el camino de Asa padre ... haciendo lo recto ante los ojos de Jehová. Con todo los lugares altos no fueron quitados” (1 Reyes 22:43).

Su justicia se demostró cuando llamó a los jueces de la tierra para amonestarlos. “Mirad lo hacéis: porque no juzgáis en lugar de hombre, sino en lugar de Jehová ... porque con Jehová nuestro Dios no hay injusticia, ni acepción de personas, ni admisión de cohecho” (2 Crónicas 19:7). ¡Ojalá que todo asunto en las asambleas se tratara con la misma justicia, sin parcialidad! “A los que persisten en pecar, repréndelos delante de todos, para que los demás también teman. Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, y de sus ángeles escogidos, que guardes estas cosas sin prejuicios, no haciendo nada con parcialidad” (1 Timoteo 5:19-21).

Su fidelidad a la Casa de Dios se manifestó al principio de su reinado cuando “se animó ... y quitó los lugares altos y las imágenes” (2 Crónicas 17:6). Luego envió cinco príncipes y nueve levitas con dos sacerdotes “para que enseñasen en las ciudades de Judá ... y enseñaron en Judá, teniendo consigo el libro de la ley de Jehová” (2 Crónicas 17:7-9). Nos da ejemplo de la necesidad de tal enseñanza entre las asambleas hoy en día. Hay falta del conocimiento del Libro. “Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros” (2 Timoteo 2:2). Pocas asambleas piden cultos

especiales de enseñanza, y pocos asisten a los estudios bíblicos para aprender. Hay muchos creyentes débiles, y muchos vuelven atrás. Otros siguen las prácticas de la asamblea por mera costumbre, sin saber el por qué. Por consiguiente, cuando llegan predicadores con otras prácticas, ellos creen que “lo mismo da”. No han aprendido los principios bíblicos que gobiernan nuestras prácticas.

Su fe se declaró en tiempo de angustia. Los enemigos se unieron contra él. Josafat consultó al Señor y también buscó la comunión con otros en la oración. Él fue a la Casa de Dios y dirigió las oraciones. Con humildad, confesó: “No sabemos qué hacer, y a ti volvemos nuestros ojos”. Dios no desampara al que confía en Él. El profeta Jahaziel le dio el mensaje del Señor para animarle: “No temáis ni os amedrentéis ... Paraos, estad quietos, y ved la salvación de Jehová con vosotros”. Dios les dio la victoria. Agradecidos, volvieron a Dios con acciones de gracias, y con mucho gozo (2 Crónicas 20:1-28).

Su debilidad se reveló cuando no aplicó la Palabra de Dios a su propia vida. Él cedió a la creencia de que un buen motivo justifica hacer algo contra las Escrituras. Él deseaba la unidad de las naciones divididas. Sin duda éste fue su buen propósito al buscar amistad con el impío Acab, rey en Samaria. Pronto contrajo parentesco con él, uniendo en yugo desigual a su hijo Joram con Atalía, hija de Acab y su malvada esposa Jezabel. Pero, ¿haremos males para que vengan bienes? La pregunta de Pablo en Romanos 3:7,8 nos indica que no hay excusa por hacer mal.

Jehú el profeta condenó la unión de Josafat con Acab (2 Crónicas 19:2). Cuando él salió a la guerra con Acab, Dios le salvó la vida, pero no le salvó del engaño provocado por el espíritu de mentira (18:21), ni le salvó de la derrota.

Esto nos enseña que si desobedecemos a la Palabra de Dios, aunque Dios nos cuida físicamente según su promesa de nunca desampararnos, sin embargo Él permite que seamos vencidos por espíritus engañadores con doctrinas falsas. Josafat fue conducido a continuar su amistad ilícita con Ocozías, y entró en yugo comercial con él. “Hizo una compañía para construir naves”. “Eliécer ... profetizó contra Josafat, diciendo: Por cuanto has hecho compañía con Ocozías, Jehová destruirá tus obras. Y las naves se rompieron”. (2 Crónicas 20:36-37). Pero en 1 Reyes 22:49 se revela que Josafat se sometió a la reprensión. Cuando Ocozías quiso seguir con otro esfuerzo, Josafat no quiso. Esto indica Josafat, con toda su debilidad, no fue rebelde a Dios.

Debemos entender la diferencia entre la debilidad y la maldad; entre el descuido y la rebeldía; entre la flaqueza y la arrogancia. “Como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación” (1 Samuel 15:23). Al contrario, debemos soportar flaquezas de los débiles (Romanos 15:1). Esto, por supuesto, no justifica la debilidad ni la desobediencia que la acompaña. La debilidad resulta de la ignorancia de la Biblia. Hay la falta de leerla con frecuencia, de meditar en ella y retener sus preceptos. “Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno” (1 Juan 2:14). Este es el único remedio para la debilidad.

Esta flaqueza de Josafat causó que él perdiera su influencia para bien. Al principio conducía al pueblo a Jehová el Dios de sus padres, y destruyó los lugares altos (santuarios ajenos al Templo). Pero al final leemos, “Con todo eso, los lugares altos no fueron quitados” (2 Crónicas 20:33). Ya Josafat no tenía fuerza para resistir estas degeneraciones. Al contrario, Caleb nos da ejemplo de la fuerza en la vejez (Josué 14:11). El apóstol Juan también como anciano de edad escribe: “Hijitos, permaneced en Él ... para que en su venida no nos alejemos de Él avergonzados” (1 Juan 2:28).

13 Los cuñados

A veces nos confundimos entre personas del mismo nombre. Hubo dos reyes de nombre Joram, y dos llamados Ocozías, de cada nombre uno en Judá y otro en Israel. Joram de Judá tenía un hijo Ocozías, mientras que Ocozías y Joram de Israel eran cuñados de él. Joram de Judá, hijo de Josafat, se había casado con Atalía, hija de Acab y de Jezabel. Ocozías y Joram eran hermanos de Atalía.

Ocozías reinó apenas dos años sobre Israel y murió sin descendencia, juzgado por Dios (2 Reyes 1:2,17). Su hermano Joram tomó el trono en Samaria (2 Reyes 3:1). Aunque malo, fue mejor que sus padres y quitó la imagen de Baal. Pero la referencia a su perseverancia en los pecados de Jeroboam indica que la presencia de Bet-el y Dan como lugares de adoración nunca agradó a Dios. Él sólo aprecia la adoración según el orden bíblico.

El matrimonio de Joram, rey de Judá con Atalía fue un yugo desigual, como relatamos en el artículo anterior. Se ve el triste resultado. Joram no vio convertida a su cónyuge, sino cedió a los gustos de ella. “Anduvo en el camino de los reyes de Israel, como hizo la casa de Acab; porque tenía por mujer a la hija de Acab, e hizo lo malo ante los ojos de Jehová”. Cuando llegó al trono, él temía que sus propios hermanos le quitaran la corona, y en forma traicionera los mató a filo de espada. No le fue bien. Se apartó de la casa de Dios, edificando santuarios en los lugares altos. El profeta Elías le escribió una carta de advertencia, pero él no le hizo caso. No se humilló. Como resultado, perdió su dominio nacional, sus bienes, su familia y por fin su salud; murió miserablemente (2 Crónicas 21:1-20).

¡Qué advertencia elocuente en cuanto al triste resultado de un matrimonio con una incrédula!

Pero la muerte de Joram no puso fin a la cosecha del sufrimiento. Su hijo llevaba el nombre de su tío, Ocozías (rey de Israel). Ocozias, rey de Judá, hizo lo malo. “El nombre de su madre fue Atalía ... él anduvo en los caminos de la casa de Acab, pues su madre le aconsejaba que actuase impíamente” (2 Crónicas 22:1-4). Como fue Jezabel en el reino de Israel, asimismo fue Atalía en el reino de Judá. Ambas eran mujeres mundanas que llevaban una influencia triste en las naciones, igual como otras mujeres entre las iglesias (vea Tiatira en Apocalipsis 2:20).

Jehú se levantó como instrumento del juicio divino. Él mató a ambos reyes y destruyó su idolatría. Cuando Atalía vio que su hijo había muerto, se apoderó de la corona y llegó a ser la única reina sobre el trono de Judá o de Israel. Para asegurar su dominio, ella mató a sus propios nietos, procurando en esta forma destruir toda la simiente real de la casa de Judá. Fue una iniciativa satánica para destruir la línea prometida de la cual nacería el Cristo, Rey de Reyes del linaje de David.

Pero el diablo no puede vencer, aunque gane muchas victorias sobre el pueblo de Dios. Dios guardó un hijo del linaje de David para conservar la línea prometida. La esposa del sumo sacerdote rescató al menor de los nietos y lo escondió en el Templo hasta que él pudiera ser coronado.

Este período del reinado de la mujer usurpadora demuestra el resultado de la degeneración de los hombres. Dios nunca escogió a una mujer como sacerdote, levita o rey. No fue a causa de la inferioridad de la mujer. Las mujeres de Israel no estaban pisoteadas, ni fueron guardadas veladas en secreto como en algunas naciones de hace varias generaciones. Su igualdad en capacidad se demuestra en las ocasiones cuando por la debilidad de los hombres, mujeres como Débora se levantaban.

Dios tenía su orden, y tanto en Israel como en la Iglesia, Él ha dispuesto que la mujer ocupe su puesto como ayuda idónea a su marido como ama de casa, como madre de familia, y como aya ejemplar a las más jóvenes. Dios ha escogido que la mujer aprenda en silencio, cuando se

halla en la congregación mixta de la iglesia. Él no permite que la mujer enseñe en público, ni ejerza dominio sobre el hombre (1 Corintios 14:34, 1 Timoteo 2:12). Dios quiere el reconocimiento del dominio, soberanía y autoridad de Cristo como cabeza, por medio de la sumisión de la mujer al varón a Cristo (1 Corintios 11:1-16).

El movimiento moderno de buscar la igualdad entre el varón y la mujer, no es de Dios. En el hogar, Dios quiere que el marido ame a su esposa, y que la esposa se someta al marido (Efesios 5:22-32). En la Iglesia, Dios quiere que la mujer sea sumisa para demostrar a los ángeles que las creyentes no son como Eva quien actuó según el consejo del diablo antes de consultar con su cabeza. (1 Corintios 4:9, 11:10, Efesios 3:10).

¡Ojalá que nunca veamos ninguna Atalía entre nosotros, que busque usurpar autoridad entre las iglesias!

14 Joás

La preservación de la vida de Joás fue un milagro. El diablo buscaba destruir la simiente prometida para la salvación del mundo, desde que Dios habló de ella a Adán y Eva. El Cristo tenía que nacer del linaje real de David. Jehú había ejecutado el juicio de Dios contra el rey Ocozías y los cuarenta y dos familiares (2 Reyes 10:13-14). Atalía, usurpadora del trono de Judá, destruyó todos los que quedaban de la simiente real. Sólo escapó Joás.

Su tía Josaba, esposa del sumo sacerdote Joiada, lo raptó siendo niño y lo escondió en la Casa de Dios. En esta forma Joás se crió secretamente en el Templo por seis años. Cuando tenía siete años, todo el pueblo de Judá se alegró cuando Joiada lo presentó públicamente; con voz de júbilo lo coronaron. Luego mataron a la usurpadora.

Parecía que Joás aprovechaba la buena influencia de Joiada y su esposa. Eran una pareja santa. Es cierto que no habían podido ejecutar su oficio abiertamente en el Templo, “porque la impía Atalía y sus hijos habían destruido la casa de Dios, y además gastado en lo ídolos todas las cosas consagradas de Jehová” (2 Crónicas 24:7). Pero ellos instruían bien a Joás en las cosas de Dios, de tal modo que Joás dirigió el movimiento reformador en el Templo de Dios. Sin embargo, Joás se ve como mero instrumento en la mano del sumo sacerdote, siempre faltándole la convicción personal. Él hizo bien en mandar a los sacerdotes a recoger las donaciones y ofrendas para reparar el Templo. Pero ellos no cumplían, y Joás se descuidó en no hacer cumplir su propio mandamiento.

Los sacerdotes actuaban como aquellos que deshonestamente manejan el tesoro del Señor. “Todo el dinero consagrado ... el dinero del rescate ... y todo el dinero que cada uno de su propia voluntad trae a la casa de Jehová, recíbanlo los sacerdotes ... y reparen los portillos del Templo dondequiera que se hallen grietas. Pero en el año veintitrés del rey Joás aún no habían reparado los sacerdotes las grietas del Templo” (2 Reyes 12:4-6). Esta malversación de los fondos santos revela la infidelidad, avaricia y falta del temor al Señor de parte de los sacerdotes. Pero manifiesta a la vez el descuido del rey Joás quien, después de haber dado orden de reparar el Templo, quedó tranquilo viéndolo permanecer en ruinas hasta la edad de treinta años. ¿Por qué dejó pasar tantos años sin hacer reclamo? Es claro que le faltaba el ejercicio personal de cumplir la voluntad de Dios.

Por fin el sumo sacerdote preparó una caja para recibir y guardar ofrendas. Cuando estaba llena la caja, Joiada no contaba a solas dinero. Era hombre fiel quien guardó su testimonio sin tacha, y no dio ocasión al diablo para provocar sospecha de su comportamiento. “Por boca de dos o tres testigos se decidirá todo asunto” (2 Corintios 13:1). El secretario del rey sirvió de

testigo con el representante de Joiada al contar los fondos para pagar los obreros que reparaban casa (2 Reyes 12:9-12, 2 Crónicas 24:8-11).

Basta tal ejemplo bíblico para evitar que ningún hermano solo cuente ni maneje los fondos de la asamblea. En la casa de Dios, hay que demostrar el temor del Señor, “evitando que nadie nos censure en cuanto a esta ofrenda abundante administramos, procurando hacer las cosas honradamente, no sólo delante del Señor sino también delante de los hombres” (2 Corintios 8:20-21).

Cuando murió Joiada, se demostró la debilidad de Joás, quien había andado como si fuera con muletas. “Hizo lo recto ante los ojos de Jehová todos los días de Joiada el sacerdote”. Quitadas las muletas, él no sabía andar bien. Cedió a la influencia mala de los príncipes, como antes había sido llevado por la buena influencia. Le faltaba la convicción personal y el coraje moral. “Vinieron los príncipes de Judá y ofrecieron obediencia al rey, y el rey los oyó. Y desampararon la casa de Jehová” (2 Crónicas 24:17,18). Es triste ver esta historia repetirse en creyentes hoy en día. Hay muchos en las asambleas con poco ejercicio y falta de convicción. Andan bien por la influencia de ancianos fieles y fuertes, pero cuando falta tal influencia, o cuando llega la influencia de hombres de otras doctrinas y prácticas, se dejan llevar como Joás. Hermanos, estudiemos la Biblia para fortalecernos y obedecer a Dios con firmeza.

“Entonces la ira de Dios vino sobre Judá y Jerusalén por esto su pecado.. Entonces el Espíritu de Dios vino sobre Zacarías, hijo del sacerdote Joiada ... y les dijo: Así ha dicho Dios:¿Por qué quebrantáis los mandamientos de Jehová? No os vendrá bien por ello. Pero ellos hicieron conspiración contra él, y por mandato del rey lo apedrearon hasta matarlo, en el patio de la casa de Jehová” (2 Crónicas 24:20,21).

Es triste cuando creyentes se apartan de los caminos del Señor, pero peor ver su rebeldía contra la Palabra de Dios cuando los hermanos los exhortan. ¡Que Dios nos guarde de la obstinación de Joás!

15 Amasías

Hay una cosa muy llamativa en la lista de los antepasados de Cristo el Rey. Mateo omite los nombres del rey Aamasías y también de su padre Joás y de su abuelo Ocozías. Él dice que Joram engendró a Uzías, para citar catorce reyes en la lista. Es verdad lo que dice, porque Uzías era tataranieto de Joram. Pero en los archivos de Dios, los tres descendientes intermedios fueron eliminados en este catálogo. Nos hace pensar en Ezequiel 13:9: “Estará mi mano contra los profetas que ven vanidad y adivinan mentira; no estarán en la congregación de mi pueblo, ni serán inscritos en el libro de la casa de Israel”.

Aunque un creyente renacido nunca tendrá su nombre borrado del libro de la vida del Cordero (Apocalipsis 3:5), sin embargo puede tener su nombre borrado de la lista de los premiados en el día de la remuneración. “Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona”. “Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo”. “Nadie os prive de vuestro premio” (Apocalipsis 3:11, 2 Juan 8, Colosenses 2:18).

Joab no aparece entre los premiados de David en 2 Samuel 23, aunque era general de su ejército. Su propio escudero, Naharai, recibió su galardón, siendo más fiel de corazón que su superior (v. 37).

Amasías al principio “hizo lo recto ante los ojos de Jehová, aunque no de perfecto corazón” (2 Crónicas 25:2). La raíz de su mal era su orgullo. Quería demostrar su capacidad y poderío delante de todos. Siendo carnal, él no confiaba sencillamente en el Señor para efectuar sus

hazañas. “Pasó en lista ... trescientos mil escogidos para salir a la guerra ... y de Israel tomó a sueldo por cien talentos de plata a cien mil hombres valientes. Mas un varón de Dios vino a él, y le dijo: Rey, no vaya contigo el ejército de Israel: porque Jehová no está con Israel” (2 Crónicas 25:5-7). Amasías respondió al consejo, pero lamentó su pérdida material de haber pagado los cien talentos. “Y el varón de Dios respondió: Jehová puede darte mucho más que esto”. No dijo que Dios se lo daría, porque Dios solamente se compromete en honrar a los que le honran. Él sostiene al arrepentido, y provee todo para el humilde de corazón.

Pero Amasías no era humilde de corazón, como lo demostró después en su comportamiento con Joás. Resultó que él ganó una victoria militar sobre Edom, pero perdió la batalla espiritual. Se jactó de su éxito, de modo que Dios permitió que se vengaran de él los soldados israelitas que él había despedido por consejo del varón de Dios, y mataron a tres mil personas en las regiones de Bet-horón. Salomón dijo: “Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída, la altivez de espíritu. Mejor es humillar el espíritu con los humildes que repartir despojos con los soberbios”.

Desgraciadamente Amasías repartió despojos con los soberbios. Volviendo de la matanza de los edomitas, “trajo también consigo los dioses de los hijos de Seir, y los puso ante sí por dioses, y los adoró”. Cuando el profeta le reclamó su caída, él le respondió con altivez de espíritu: “¿Te han puesto a ti por consejero del rey?”

Su soberbia no se disminuyó. Buscó ocasión contra el rey de Israel, quien le respondió sabiamente: “Tú dices: He aquí he derrotado a Edom; y tu corazón se enaltece para gloriarte. Quédate ahora en casa. ¿Para qué provocas un mal que puedas caer tú y Judá contigo?” Dicho y hecho. “Cayó Judá delante de Israel ... y Joás... derribó el muro de Jerusalén ... asimismo tomó todo el oro... en casa de Dios”. De modo que Amasías cosechó el resultado de su soberbia, y murió en una conspiración contra él.

Cuando un creyente hace mal, y luego resiste el consejo y disciplina de los ancianos de la asamblea, nunca se volverá a levantar hasta que se humille. Su soberbia le llevará a peores cosas y él sufrirá peor disciplina de parte del Señor. Si no se humilla; si permanece enaltecido de corazón y con altivez de espíritu, perderá su galardón eterno, y no se hallará escrito entre los premiados en el Tribunal de Cristo.

16 Uzías

La gran lección de la vida del rey Uzías está escrita en Proverbios 16:18: “Antes del quebrantamiento es la soberbia y antes de la caída la altivez de espíritu”.

Es muy animador leer la historia de la grandeza de este rey en el segundo libro de las Crónicas, capítulo 26. “Persistió en buscar a Dios en los días de Zacarías, entendido en visiones de Dios ... y Jehová le prosperó” (v.5). Dios le dio ayuda contra los filisteos (v.7). “Edificó torres ... abrió muchas cisternas, porque tuvo muchos ganados ... era amigo de la agricultura ... tuvo también un ejército de guerreros ... e hizo en Jerusalén máquinas inventadas por ingenieros ... para arrojar saetas y grandes piedras. Y su fama se extendió lejos, porque fue ayudado maravillosamente hasta hacerse poderoso” (v. 10-15).

¡Qué historia tan triunfante! ¡Ojalá que todos los nuevos creyentes, sean jóvenes o personas maduras en años, se aplicaran al servicio del Señor en tal forma! Hemos de vencer a los filisteos espirituales que nos rodean en el mundo; hemos de trabajar en la labranza de Dios (1 Corintios 3:9), y también sembrar la buena semilla de la Palabra de Dios en los campos alrededor (Mateo 13); hemos de fortalecernos en el Señor, y en el poder de su fuerza, vistiéndonos de la armadura de Dios, para que podamos estar firmes contra las asechanzas del

diablo (Efesios 6:10-11). “Todo lo puedo en Cristo que fortalece”. Momento tras momento, tengo que andar con el Señor y por el sostén de Él.

Pero el fracaso viene cuando digo: “Todo lo puedo yo”. La confianza propia, la soberbia de creer que no puedo caer porque tengo firmeza de corazón, este egoísmo solamente conduce la embarcación al naufragio.

“Cuando ya era fuerte, su corazón se enaltecíó para su ruina, porque se rebeló contra Jehová su Dios, entrando en el templo Jehová para quemar incienso en altar del incienso. Y entró tras el sacerdote ... No te corresponde a ti, oh Uzías, el quemar incienso a Jehová, sino a los sacerdotes ... Entonces Uzías se llenó de ira y en su ira contra los sacerdotes la lepra le brotó en la frente ... Así el rey Uzías fue leproso hasta el día de su muerte, y habitó leproso en una casa apartada, por lo cual fue excluido de la casa de Jehová” (v 11-21).

Uzías nunca se sanó; nunca se restauró a la Casa de Dios. ¡Qué triste fin! Oh, hermanos, “El que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12). La tentación nuestra puede ser de otra índole que la de Uzías. El diablo aprovechará nuestra debilidad. ¡Cuántos se han apartado de la comunión de la Casa de Dios por ceder a las pasiones! No se puede excusar por la debilidad natural, o por la flaqueza común al criollo. La misma debilidad pertenecía a los corintios, y ellos vivían igualmente en un medio ambiente de corrupción. Pero el Espíritu Santo requirió de ellos la misma santidad que esperaba de los judíos convertidos.

Es la falta del cuidado diario que nos conduce a la caída. La mucha ocupación en asuntos materiales nos roba el tiempo que debemos pasar en la lectura de la Palabra y en la oración. El endurecimiento de la conciencia, producido cuando la familiaridad conduce a la intimidad, nos convierte en hipócritas. En vez de confesar la necedad y apartarnos, el creyente cebado continúa en su liviandad, hasta que el diablo provee la oportunidad inesperada, y la tentación no se resiste. “Antes de la caída, la altivez de espíritu”.

La humildad nos provoca a huir del peligro. Pero, por la altivez de espíritu, el creyente se expone a la tentación, porque no cree que caerá.

En el año que murió aquel rey leproso, Isaías vio al Señor, sentado sobre un trono alto y sublime, y oía la voz de los serafines: “Santo, santo, santo” (Isaías 6:1-3). Mientras las puertas del templo se estremecían (v. 4), Isaías también temblaba. “¡Ay de mí!” Él no había caído en ningún pecado, pero conocía su corazón pecaminoso (v. 5). Su aprecio del sacrificio (v. 6-7), le guardó durante una larga vida de servicio, que empezó más efectivamente aquel día cuando oyó la voz del Señor y respondió: “Heme aquí, envíame a mí” (v. 8-9).

¡Qué el Señor nos ayude a aprovechar también la lección de la muerte trágica del rey Uzías, para tener un examen propio en la presencia del Santo Dios, y dedicarnos con más ahínco a una vida humilde y fiel! “¿Y tú buscas para ti grandezas? No las busques”. (Jeremías 45:5). Busquemos más bien que “vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente” (Tito 2:12).

17 Acaz

Acaz se conoce como el rey de Judá que hizo cambios en los muebles del Templo en Jerusalén.

Peka, rey de Israel, se había confederado con Rezín, rey de Siria en Damasco, con el fin de atacar a Acaz. “Entonces Acaz envió embajadores a Tiglat-Pileser, rey de Asiria, diciendo: Yo soy tu siervo y tu hijo; sube y defiéndeme de mano del rey de Siria y de la mano del rey de Israel” (2 Reyes 16:7). Resultó que el rey de Asiria atacó a Damasco, capital de Siria y la

tomó; en esta forma libró a Judá del ataque extranjero. Pero la victoria militar era una derrota espiritual para Acaz. Habiendo hecho mal en amistarle con aquel rey idólatra de Asiria, Acaz fue conducido a peores cosas cuando fue a Damasco a agasajarle en su gran triunfo. Si cedemos al gusto mundano de acompañar a los impíos en sus fiestas, se hace difícil ofenderlos por no participar en sus actividades.

Acaz fue con aquel rey al Templo en Damasco donde vio un altar que le impresionó mucho. Sin duda era más lujoso, moderno y llamativo que el altar en Jerusalén. “Cuando vio el rey Acaz el altar que estaba en Damasco, envió al sacerdote Urías el diseño y la descripción del altar, conforme a su hechura ... y luego que el vino de Damasco y vio el altar, acercó el rey a él y ofreció sacrificios en él ... E hizo acercar el altar de bronce que estaba delante Jehová ... lo puso a lado del altar hacia el norte. Y mandó el Acaz al sacerdote Urías, diciendo: En el gran altar encenderás el holocausto ... y cortó el rey Acaz tableros de las basas, y les quitó las fuentes, y quitó también el de sobre los bueyes de bronce”. (2 Reyes 16:10-17).

¡Qué cambios! ¡Qué innovaciones! Pero, ¿de quién era aquel Templo? Si el hombre tiene derecho de arreglar su casa particular según su propio gusto, igual te tiene el Señor derecho a dar en la Casa de Dios. Dios había dado instrucciones a David cuanto a aquel Templo, y David las enseñó a Salomón. “David a Salomón su hijo el plano del pórtico del Templo y sus casas ... asimismo el plano ... para los atrios de la casa de Jehová ... también para toda la obra del ministerio de la casa de Jehová ... Todas estas cosas, dijo David, me fueron trazadas por la mano de Jehová, que me hizo entender todas las obras del diseño” (1 Crónicas 28:11-19).

¿Qué derecho tenía Acaz de cambiar el orden e introducir otro gran altar? ¿Qué autoridad tenía de modificar la fuente provista para la santificación? “Acaz no hizo lo recto ante los ojos de Jehová”.

Tampoco hacemos bien cuando cambiamos el orden de la iglesia local. En los Hechos tenemos descrito el patrón para la evangelización. Se efectuaba por la predicación del evangelio en sencillez tanto en reuniones públicas como de casa en casa, siempre sin atractivos mundanos. Los siervos del Señor salían encomendados por las asambleas, guiados por el Espíritu, sin la organización de una sociedad evangelística para recoger fondos y arreglar el desarrollo de la obra. Las asambleas se establecían en cada lugar sin tener un solo pastor. Un grupo de ancianos (pastores u obispos) guiaba cada iglesia local.

En la Epístola a los Corintios, el apóstol nos describe más acerca del diseño de la iglesia. Es templo de Dios donde conviene la santidad y no la mundanalidad. Él manda a ejecutar la excomunión de los fornicarios, borrachos, ladrones, etcétera. Cristo es Cabeza de la Iglesia y ha escogido las señales físicas de su soberanía. Son el cabello no cortado, pero cubierto en la mujer, y la cabeza descubierta con pelo no crecido en el varón. Se describe la forma de la Cena del Señor. También se enseña la función pública del varón en el ejercicio de los dones en la iglesia, y el servicio más privado de la mujer.

Otras Epístolas demuestran las prácticas de la iglesia local y corrigen ciertos errores introducidos en el primer siglo. El Apocalipsis revela las innovaciones en algunas de las siete iglesias de Asia. Eran cosas parecidas al altar de Acaz. Las doctrinas de Balaam, de Jezabel y de los nicolaítas habían entrado, siguiendo errores antiguos.

Desde aquel entonces, se han introducido muchas otras ideas entre las iglesias. Parecen ser mejoras, según la sabiduría humana, pero son cambios no autorizados por Dios. Debemos examinarnos para ver si se han añadido entre nosotros prácticas ajenas al diseño apostólico, o si falta el cumplimiento de alguna práctica enseñada en la Biblia. Hay gran peligro en asistir a las reuniones de los que no obedecen toda la Palabra de Dios, y donde no se hace todo decentemente y con orden según mandan las Escrituras. Se corre el riesgo de ver allí algo que apele al gusto humano, semejante al altar de Acaz. Luego sigue la tentación de introducir la cosa en la asamblea.

Debemos edificar nuestras iglesias según el patrón bíblico y resistir la introducción de cualquier otra cosa. El apóstol dijo: “Yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica”. Si tenemos ejemplo o mandamiento para todo lo que se hace en la asamblea, podemos tener la seguridad de edificar con “oro”. Pero si se practican cosas que no aparecen en el diseño apostólico, entonces hay la grave posibilidad de que sean quemadas como hojarasca en el Tribunal de Cristo (1 Corintios 3:10-15).

18 Los últimos reyes de Israel

La historia de los últimos años del reinado de Israel pone en alto relieve los pasos que conducen a un creyente a cometer la clase de pecado que merece la excomunión. En el año 721 a.C. cayó la ciudad capital de Samaria, e Israel fue llevado en cautiverio hasta Asiria. Dios excomulgó a la nación de su herencia en la tierra santa, y solamente un remanente se arrepintió para ser restaurado a su herencia después. Es ilustración de la tragedia en la iglesia cuando se hace necesario poner fuera de comunión a una persona.

Israel habla degenerado tanto que había corrompido también a Judá, por medio del matrimonio que se efectuó entre las dos naciones. Dios tuvo que juzgar a ambas naciones y utilizó a Jehú para matar a los dos reyes. Jehú limpió la nación de la idolatría, destruyendo a todos los adoradores de Baal. Pero, aunque él había dicho: “Ven conmigo, y verás mi celo por Jehová”, no supo examinarse a sí mismo. “Jehú no cuidó de andar en la ley de Jehová ... ni se apartó de los pecados de Jeroboam” (2 Reyes 10:16,31). Es más fácil juzgar al otro que juzgarnos a nosotros mismos.

Se demuestra el primer paso la caída espiritual, por el descuido personal. Cuando una persona está dispuesta a juzgar severamente otros sin aplicar la Palabra de Dios a su propio comportamiento, anda en el camino hacia abajo. “Ten cuidado dado de ti mismo” (1 Timoteo 4:16). “Considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado” (Gálatas 6:1).

Después de la muerte de Jehú empezó la desintegración final Israel. “La justicia engrandece a nación; más el pecado es afrenta de las naciones” (Proverbios 14:34).

Joacaz su hijo también hizo malo, a pesar de que Dios le demostró su benignidad. Dios “lo oyó y dio liberación a Israel. Con todo eso, no se apartaron de los pecados” (2 Reyes 13:1-6).

El nieto, Joás, siguió por el mal camino, aunque Dios le dio mensaje por medio del profeta Eliseo (2 Reyes 13:14-23). El bisnieto Jeroboam no fue mejor, y el tataranieta Zacarías era igual en su maldad. Dios no soportó más. Zacarías fue muerto por Salum, después de reinar por apenas seis meses. Se cumplió el juicio profetizado sobre la cuarta generación de la descendencia de Jehú.

El segundo paso al juicio total de la nación fue el endurecimiento de corazón, burlándose de la longanimidad de Dios. Dios es paciente, pero no puede ser burlado. “Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”.

La nación fue de mal en peor, y la gente sufrió un período de anarquía. La violencia y la revolución debilitaban al país por cuarenta y un años. Al fin, cayó la nación en el noveno año de Oseas, último rey que se sentó sobre el trono en Samaria. Salmanasar “el rey de Asiria tomó Samaria, y llevó a Israel cautivo a Asiria porque los hijos de Israel pecaron ... Jehová amonestó entonces a Israel y a Judá por medio de todos los profetas ... Volveos de vuestros malos caminos ... mas ellos no obedecieron” (2 Reyes 17:1-14).

Uno de los últimos profetas que habló a Israel llevaba el mismo nombre Oseas, como el último rey. En su libro, él frecuentemente llama a Israel por el nombre de Efraín, por cuanto esta era la tribu más numerosa y fuerte de entre las diez tribus del norte. Oseas revela que Dios no tenía la culpa por el fracaso de Israel. Por causa de sus fornicaciones, Israel fue repudiada por Dios, y Dios le dio carta de divorcio (Jeremías 3:8, Isaías 50:1). Pero Dios no actuó según la ley de Moisés en Deuteronomio 24:4, sino que mostró la gracia. Manifestó su deseo de perdonar a aquella nación que había actuado como esposa infiel. Dijo que la castigaría, para ver su arrepentimiento hasta decir: “Me volveré a mi primer marido”.

“En aquel tiempo, dice Jehová, me llamarás Ishi (“mi marido”) y te desposaré conmigo para siempre” (Oseas 2:6-7,16,19).

Aquel divorcio fue el repudio de la nación durante la época de su inmundicia hasta ver su humillación y arrepentimiento. Luego en el día futuro el remanente perdonado llegará a ser de nuevo la esposa de Jehová. ¡Qué ejemplo del amor de Dios!

Aquí, pues, aprendemos otros pasos que conducen a un creyente a cometer la clase de pecado que merece la excomulgación de la asamblea, siempre sabiendo que el propósito del juicio es la humillación, el arrepentimiento y la restauración.

(a) El tomar alcohol conduce a peores cosas. “Fornicación, vino y mosto quitan (del pueblo) el juicio” (Oseas 4:11). **(b)** La amistad del mundo corrompe al creyente. “Efraín se ha mezclado con los demás pueblos” (7:8). **(c)** “La soberbia de Israel testificará contra él” (7:10). Dios guarda al humilde pero resiste a los soberbios. **(d)** El yugo desigual. “Han engendrado hijos extraños” (5:7). **(e)** La falta de sumisión a la Palabra de Dios. “Como novillo indómito se apartó Israel” (4:16). **(f)** El engaño y la mentira. “Habéis arado impiedad y segasteis iniquidad; comeréis fruto de mentira” (10:13). **(g)** La infidelidad. “Está dividido su corazón” (10:21). **(h)** La inmundicia. “Llegaron hasta lo más bajo en su corrupción” (9:9) **(i)** La imprudencia. “Efraín fue como paloma incauta, sin entendimiento” (7:8-11). La imprudencia en el comportamiento, la falta de modestia en el vestir y la palabra liviana pueden conducir al engaño.

¡Que la historia de los reyes de Israel nos libre de ser también como la paloma incauta!

19 Ezequías

La historia de Ezequías es una de las más alentadoras en las Escrituras. Él era un rey de claras convicciones espirituales: tenía un carácter fuerte para poner por obra sus propósitos; fue el instrumento usado por Dios para producir uno de los más grandes avivamientos en la nación.

Su juventud nos llama mucho la atención. El hecho de que él principió el avivamiento desde el momento en que subió al trono, comprueba que de antemano tenía sus planes hechos. Siendo joven de menos de veinticinco años de edad, había contemplado la desobediencia de los viejos y la negligencia de los otros jóvenes (2 Crónicas 29:6,11). No siguió el mal ejemplo de su padre; se cuidó a sí mismo para no andar por el mismo camino de su padre. Le era necesario estar sujeto a su padre hasta subir al trono. Mientras aquel hombre infiel tenía el poder, el joven no se rebeló, sino que dio buen ejemplo, haciendo lo recto delante del Señor. Luego llegó el momento de recibir la responsabilidad cuando Dios quitó a su padre.

No demoró en actuar; con prontitud llevó a cabo sus propósitos. ¡Tanto había lamentado ver a su padre cerrar las puertas de la Casa de Dios, el Templo! Ahora, él las abrió y las reparó. Seguidamente, llamó a los sacerdotes y levitas, cuyo servicio santo su padre había despreciado (2 Crónicas 29:3,4). Con humildad Ezequías confesó los pecados de la nación.

Los jóvenes fieles de hoy deben hacer lo mismo. Al ver faltas en los mayores, deben estar sujetos mientras acatan los consejos del apóstol: “Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza” (1 Timoteo 4:2). Luego Dios les levantará a la responsabilidad de enderezar los pasos a los extraviados.

Como resultado de la obediencia de Ezequías los sacerdotes se pusieron a trabajar fuertemente, para limpiar la Casa de Dios, y restaurar y santificar los vasos del servicio. Cumplieron su tarea en dieciséis días (2 Crónicas 29:16-19). Habiendo puesto en orden toda la Casa de Dios según estaba escrito en la Ley, todos madrugaron para servir a Dios en aquel santuario. La indolencia no es de Dios; el que llega tarde al culto en el día de hoy manifiesta una falta de fervor espiritual. Hay que madrugar en la vida de la consagración. En el caso del pueblo en aquel entonces, la obediencia y la diligencia produjeron alegría, y su fruto se vio en las ofrendas voluntarias (v. 20,31). Dios ama al dador alegre.

Ezequías se había criado en una nación dividida. Efraín, Manasés y otras ocho tribus se habían separado de Judá; habían despreciado a Jerusalén como el lugar escogido por Dios como su morada, y habían desobedecido la Palabra de Dios, introduciendo sus propias fiestas religiosas (1 Reyes 12:32). Pero Ezequías amaba a sus hermanos desobedientes; anhelaba la unidad. Sabía que la unión en la desobediencia no agrada a Dios. Por consiguiente, envió cartas a sus hermanos extraviados, para llamarles a volver a la Casa de Dios, para guardar la Pascua según Dios había ordenado. Muchos siglos habían pasado desde que Moisés había escrito aquellos mandamientos; las condiciones sociales habían cambiado; la nación estaba más desarrollada; pero la Palabra de Dios no cambia; perdura durante los siglos. Debemos reverenciarla y obedecerla como se hacía en aquellos días (2 Crónicas 30:1-10).

Es triste notar la burla de los rebeldes (v.10), pero alentador saber que algunos de entre las tribus de Aser, Manasés y Zabulón se humillaron para reconocer sus faltas y restaurarse; volvieron a la obediencia al Señor. Siempre había descuido de parte de varios que llegaron a Jerusalén, pero Ezequías, a pesar de ser hombre fiel y estricto, fue a la vez misericordioso en su trato de tales debilidades del pueblo sincero. (2 Crónicas 30:11-20).

Habiendo vuelto en obediencia a la Casa de Dios, el pueblo se acordó de los tropiezos que habían conducido a sus antepasados a desviarse. Ellos resolvieron no visitar los lugares altos, y destruyeron aquellos santuarios. Si nosotros visitamos lugares donde hay diversas doctrinas, y prácticas opuestas a la Palabra de Dios, seremos igualmente contaminados y desviados (2 Crónicas 31:1). Cuando unos individuos empezaron a adorar a la Serpiente de Bronce que Moisés había hecho, reliquia guardada por siglos, Ezequías la destrozó, para quitar el tropiezo (2 Reyes 18:4)

Pero a pesar de su fidelidad, Ezequías tenía debilidades naturales. Cuando llegaron los ejércitos enemigos contra algunas ciudades de Judá, se llenó de miedo su corazón. En vez de confiar en el Señor, buscó medios materiales para aplacar la ira de Senaquerib (2 Reyes 18:13-16). Sin embargo, cuando el enemigo atacó a Jerusalén, Ezequías fue despertado a orar. Fue a la Casa de Dios con humildad; informó a Isaías: ellos oraron al Señor y se animaron en sus promesas. Resultó que su fe en Dios trajo paz al corazón y el Señor les libró milagrosamente (2 Reyes 19:1-16, 34-37, 2 Crónicas 32:1-22).

En ese tiempo, a los treinta y nueve años de edad, el rey se enfermó de una llaga. El Señor le dijo que iba a morir. Pero él oró para que Dios le librara de la muerte. El Señor le oyó; le sanó en tres días y le extendió su vida por quince años más. El Señor le dio una señal para confirmar esta promesa: hizo que la sombra regresara en el reloj de grados. Este prodigio solar se vio en Babilonia; los astrónomos allí oyeron acerca de Ezequías; de parte de la casa real fueron enviados mensajeros a Jerusalén para saber del asunto. Ezequías, evidentemente enorgullecido, no actuó con sabiduría. No buscó consejo de Dios ni de Isaías. Se amistó con los mundanos en vez de darles testimonio de su Dios. Isaías le reprendió y le habló de la

pérdida de toda su herencia, como resultado de su descuido (2 Reyes 20:1-18, 2 Crónicas 32:31).

Hermanos, cuando andamos con humildad y en separación del mundo, vamos bien. Pero cuando alguna victoria produce confianza propia, y la vanagloria se apodera de nosotros, entonces vamos perdiendo la batalla y también el premio.

Sin duda, Ezequías recibirá su galardón eterno. Pero, que atendamos a las palabras de 2 Juan 8! “Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo”.

20 Manasés

Manases nos da ejemplo de los que, habiendo una vez dado evidencia de una conversión, después vuelven atrás; su vida posterior provoca duda en cuanto a su alma.

El nació durante los quince años que Dios añadió a la vida de su padre Ezequías. Este se había comprometido: “El padre hará notoria tu verdad a los hijos” (Isaías 38:79), pero aquel hijo era un desastre. Es una tragedia ver hijos de hombres piadosos, los cuales dan las espaldas a la fe de sus padres y viven en la idolatría del mundo. Manasés hizo ídolos y adoró al “ejército de los cielos”: esto se refiere a Baal y a la reina del cielo (Jeremías 7:18), y a las constelaciones del zodiaco (2 Reyes 23:5), los cuales destruyó Josias su nieto, anos después. Hijos de padres cristianos, tengan cuidado de no meterse en asuntos del horóscopo, y en amores con mundanos. Tales líos los conducirán a despreciar la asistencia a los cultos evangélicos y a endurecer su corazón para perder su alma para siempre.

Años después, Manasés profesó ser salvo de todo aquello, pero el relato de su vida en el segundo libro de los Reyes da la evidencia de que fue una conversión falsa; esta no se menciona. Jeremías 15:4 establece que la destrucción final de Jerusalén en los días de su nieto fue por causa de los pecados de Manasés: esto indica que no fueron perdonados. En 2 Crónicas 33:22, leemos que Amón su hijo sacrificó a todas los ídolos que Manasés su padre había hecho, comprobando que Manasés volvió a hacer los ídolos que había destruido: él volvió atrás, fue reincidente.

Su supuesta “conversión” fue producida por clamar a Dios en un gran apuro. Muchísimos inconversos hacen igual. El rey de Asiria llevó a Manasés encadenado a Babilonia. En su angustia, él clamó a Jehová, pero evidentemente no fue por causa de una profunda convicción de la maldad de su propio pecado. Cuando no hay un arrepentimiento verdadero, el cambio es superficial y no duradero. Dice la Palabra que “Dios oyó su oración y le restauró a Jerusalén”, pero no dice que Dios perdonó todos sus pecados. Manasés reconoció que Jehová es Dios y quitó los ídolos. Pero después, volvió atrás. Cuando se hace referencia a su oración oída, se consta todavía la presencia de sus pecados (2 Crónicas 33:18-19).

Este rey nos hace pensar en los profesantes de 2 Pedro capítulo 2; nunca poseyeron la salvación; nunca renacieron de verdad. Por el conocimiento del Señor ellos escaparon por algún tiempo de los pecados, pero luego volvieron a hacerlo peor: volvieron como el perro a su vómito, y como la puerca lavada a revolcarse en el cieno. “Guardaos de los perros; guardaos de los malos obreros”. Muchos han clamado al Señor y Él los ha librado de su angustia; se han bautizado, pero algún tropiezo los ha hecho irse ofendidos. Ahora no tienen interés en las cosas del Señor: han vuelto a sus ídolos. No necesitan ser restaurados a la comunión de la asamblea, sino convertidos al Señor: necesitan ser renacidos.

Estos casos deben hacernos tener mayor cuidado con los aspirantes al bautismo Aunque sea imposible discernir el corazón de cada profesante, sin embargo debemos procurar distinguir

las señales del renacimiento. Los mismos profesantes deben examinarse bien “Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios no sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú” (Hebreos 12:15).

Todos los hijos de padres cristianos, criados cerca de la Casa de Dios como Manasés, no dejen de asistir a los cultos pero apartarse a “los lugares altos”, y meterse en las vanidades del mundo: de otro modo llegarán a la calamidad como Manasés. Esforzaos a entrar por la puerta angosta. Soporten las burlas de los compañeros mundanos. Sigán oyendo la Palabra de Dios hasta que tengan la seguridad de renacer.

21 Josías

Hay pocas referencias en el Antiguo Testamento a la fecha de la conversión de los hombres de fe. Pero Josías nos da un ejemplo. “En el año octavo de su reinado, siendo aún joven, él comenzó a buscar al Dios de David su padre”. “No hubo otro rey antes de él que se convirtiese a Jehová de todo su corazón (2 Crónicas 34:3, 2 Reyes 23:25). En aquel entonces, él tenía dieciséis años de edad.

Evidentemente había pasado los años anteriores en forma licenciosa. Aunque el matrimonio es honroso en todos, la vida conyugal de Josías da evidencia de la lascivia. Su segundo hijo, Eliaquim, nació de Zabuda cuando él tenía catorce años de edad, y el tercer hijo fue concebido en Hamuta cuando tenía quince. 1 Crónicas 3:15 revela que otro hijo, Joanán, era el primogénito. Fue concebido, pues, cuando Josías era muchacho todavía, quizá de doce años.

Pero donde abunda el pecado, la gracia sobreabunda. El aprecio de la gracia de Dios en el convertido produce mayor obediencia. El que es perdonado mucho, ama mucho. Josías llegó a ser el rey más cumplido delante de Dios. A los veinte años él empezó a limpiar la tierra de los ídolos que habían sido introducidos por su padre y su abuelo. Seis años después, empezó a limpiar la Casa de Dios, la cual había sido desamparada y arruinada por sus antepasados. Durante el trabajo del aseo y la reparación, el sumo sacerdote descubrió el libro de la ley del Señor. El hallazgo tuvo gran efecto en la vida de Josías y en la del profeta contemporáneo, Jeremías, quien posiblemente tenía unos años menos que el rey. Este profeta escribió: “Fueron halladas tus palabras y yo las comí” (Jeremías 15:16).

Nosotros igualmente debemos tratar la Palabra de Dios como de mayor necesidad que la comida, y como alimento para el alma. Cuando Josías oyó la lectura del Libro, él rasgó sus vestidos, confesó la desobediencia de la nación e hizo pacto delante de Dios para seguir al Señor y guardar sus mandamientos. La profecía de Jeremías le apoyó. Mientras que él condenaba los pecados del pueblo, el rey siguió su obra de limpiar la tierra de sus maldades. También cumplió el anuncio del profeta joven de Judá quien en días de Jeroboam había denunciado el altar en Bet-el, y revelado que Josías iba a destruirlo. (Esto sucedió trescientos cincuenta años más tarde; vea 1 Reyes 13:2 y 2 Reyes 23:15).

Seguidamente Josías llamó a la nación para que guardase la Pascua, “conforme a lo que está escrito en el libro de este pacto. No había sido hecha tal pascua desde los tiempos en que los jueces gobernaban a Israel, ni en todos los tiempos de los reyes de Israel y de los reyes de Judá” (2 Reyes 23:21,22). Se produjo un avivamiento nacional bajo la influencia de este joven. Dios lo reconoce como el más obediente de todos los reyes de las dos naciones en cuanto al cumplimiento de los detalles de la Palabra de Dios. David habla devuelto el arca de Dios al santuario en forma bíblica, llevándola sobre los hombros de los levitas, pero no logró la edificación del Templo. Salomón construyó la Casa en gloria, pero evidentemente no llegó a restablecer todos los ritos en ella. Ezequías había celebrado la pascua, pero por la debilidad

del pueblo y el descuido de los sacerdotes, no se llevó a cabo en el primer mes según el debido orden que cumplió Josías.

Él no dejó de obedecer toda la Palabra de Dios bajo la excusa de que ya por siglos esto no se había cumplido por los grandes profetas como Elías y Eliseo. No dijo como otros que la obediencia total no importaba, o que estos detalles eran “pequeñeces”. No se desanimaba, pensando que su exigencia a la obediencia fuera una crítica de sus antepasados. Él reconoció que las faltas y debilidades de otros no justifican una continuación en las mismas tradiciones. Con humildad, se corrigió a sí mismo, sin juzgar a los grandes que habían vivido antes que él.

Dios no revela pecado en Josías, pero quizá le faltó cordura cuando se entremetió en asunto ajeno con el rey de Egipto, cuando procuraba defender el patrimonio nacional. Perdió la vida a los treinta y nueve años. El apóstol Pedro dice: “Así que, ninguno de vosotros padezca ... por entremeterse en lo ajeno” (1 Pedro 4:15, Proverbios 26:17). Jeremías lamentó la calamidad: “El aliento de nuestras vidas, el unguento de Jehová, de quien habíamos dicho: A su sombra tendremos vida entre las naciones, fue apresado en sus lazos” (2 Crónicas 35:25-27, Lamentaciones 4:20).

¡Ojalá que las obras piadosas de Josías sean aliento para nuestra vida también, para que sigamos su buen ejemplo de fidelidad, obediencia y avivamiento!

22 Los últimos reyes de Judá

Después de la muerte de Josías, la nación de Judá corrió presta a la destrucción. Tres hijos y un nieto se sentaron sobre el trono durante veintidós años, pero todos bajo el dominio de extranjeros.

La nación perdió su independencia con la muerte de Josías. A los tres meses de su reinado, Joacaz fue conquistado por el rey de Egipto, quien dejó a su hermano Eliaquim (llamado también Joacim) sobre el trono. Nabocodonosor venció a los egipcios, y poco después tomó a Jerusalén. Llevó en cautiverio el primer grupo de judíos, incluso Daniel y sus tres amigos de la simiente real. En esta forma empezaron los setenta años de cautiverio, cerca de 605 a.C. Joacim siguió reinando como representante de Nabocodonosor, pero al cabo de ocho años fue puesto en cadenas para ser llevado a Babilonia. Es evidente por Jeremías 22:18 y 36:30 que él fue asesinado en el camino, cosechando su justo juicio.

Su hijo Joaquín (llamado Jeconías), nieto de Josías, fue puesto en el trono por apenas tres meses antes de ser llevado en cautiverio con el segundo grupo. Ezequiel estaba entre estos cautivos.

Zedequías fue el último rey bajo el dominio de los babilonios. Procuró la liberación nacional, pero fue atacado por Nabocodonosor, y después de un sitio de dieciocho meses Jerusalén cayó y fue destruida totalmente. Nunca después se ha sentado rey sobre el trono de Judá ni de Israel.

23 Lecciones

Hasta aquí el bosquejo de la historia trágica, ¿pero cuáles son las lecciones que hemos de aprender?

Primero: Que las aflicciones del creyente, sus persecuciones y su vituperio son pruebas para su bien. La parábola de los higos buenos en Jeremías 24 nos enseña que Daniel y los otros fieles en Babilonia llegaron a ser mejores santos, para disfrutar de mayores recompensas, por medio de sus padecimientos en el cautiverio. Aquellos reyes sembraron el pecado y cosecharon la muerte, perdiendo sus coronas, mientras que los fieles tuvieron que sufrir con los impíos, “llevando la cruz”, pero ganaron una corona incorruptible, gloriosa y eterna. Jeremías, tan sufrido por la persecución y el encarcelamiento a manos de Joacim y Zedequías, llegó a ser profeta más grande, y recibirá mayor galardón que si hubiera vivido siempre en el ambiente agradable del reinado de Josías. No nos desalentemos, pues, si vivimos en días peligrosos de mucha infidelidad, descuido y rebeldía.

Segundo: Que a pesar de la paciencia de Dios, la desobediencia trae su pérdida a la postre. “Zedequías ... no se humilló delante del profeta Jeremías ... obstinó su corazón para no volverse a Jehová ... También todos los principales sacerdotes, y el pueblo, aumentaron la iniquidad, siguiendo todas las abominaciones de las naciones [o sea, no mantuvieron su separación] y contaminaron la casa de Jehová ... hacían escarnio de los mensajeros de Dios, y menospreciaron sus palabras ... hasta que subió la ira de Jehová contra su pueblo, y no hubo remedio” (2 Crónicas 36:12-14). Ya se explica la causa principal de la destrucción de Jerusalén y del trono.

¡Qué triste ejemplo el de Joacim! Él puso a Jeremías en la cárcel para impedir su predicación. Jeremías mandó a Baruc que escribiera su mensaje y lo leyera en el Templo. Luego Jehudí tomó el rollo y lo leyó al rey Joacim. “Cuando Jehudí había leído tres o cuatro planas, lo rasgó el rey con una cortaplumas de escriba, y lo echó en el fuego” (Jeremías 36:23) Pero Joacim aprendió que, aunque despreciaba el mensaje de Dios, su Palabra permanece para siempre.

Tercero: Que el materialismo destruye la espiritualidad y conduce a la desobediencia. “Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas ... codiciando algunos, se extraviaron de la fe”.

Cuarto: En 2 Crónicas 36:20,21 se explica que otra causa del cautiverio fue “para que se cumpliera la palabra de Jehová por boca de Jeremías, hasta que la tierra hubo gozado de reposo; porque todo el tiempo de su asolamiento reposó, hasta que los setenta años fueron cumplidos”. Esta escritura indica que durante los cuatrocientos noventa años de los Reyes, la nación de Israel no había guardado el año sabático. Dios mandó que dejaran reposar la tierra cada séptimo año, sin sembrar y cosechar, tal como tenían que descansar de sus trabajos cada séptimo día. Por cuanto habían faltado en las setenta ocasiones del año sabático, Dios impuso setenta años de cautiverio para que la tierra reposara.

¿Por qué no obedecieron? Indudablemente fue por causa de la avaricia y el materialismo. Buscaban lo terrenal y no lo espiritual. Daban más valor a lo de abajo que a lo de arriba. No querían usar ni el sábado para la gloria de Dios, ni el año sabático para el servicio de Dios, para asistir a la Casa de Dios en la ocasión de las fiestas (Levítico 25:4, Deuteronomio 31:10-13). Buscaban ganar materialmente, pero perdieron espiritualmente.

Es llamativo que la última iglesia local descrita en la Biblia (la de Laodicea) había degenerado a la misma condición de Israel antes de ser “vomitado” de la tierra (Levítico 18:28). “Por cuanto eres tibio ... te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad” (Apocalipsis 3:16)

El materialismo es la plaga de las iglesias actualmente. Muchos creyentes no tienen tiempo para las cosas del Señor. Apenas son “mensuales” o “dominicales” en su asistencia a la Cena del Señor. No quieren dejar los afanes de la vida, su comercio y sus ocupaciones terrenales para servir a Dios. Su descuido espiritual los conduce al menosprecio de la Palabra de Dios; tratan sus mandamientos como gravosos. Se enriquecen en este mundo, pero no tienen tesoro en los cielos, como los últimos reyes que perdieron sus bienes terrenales y su corona eterna. “He aquí yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona”.

24 El Rey de Reyes

Cuarenta y un reyes se sentaron sobre el trono de Israel (y Judá) a lo largo de aproximadamente cuatrocientos noventa años. Unos pocos de ellos hicieron lo bueno, pero no hubo rey perfecto. Dios había hecho pacto con David para establecer su trono para siempre; sin embargo fue necesario quitar la corona y destruir el trono por largo tiempo. “Porque muchos días estarán los hijos de Israel sin rey” (Oseas 3:4).

Dios había dicho: “No será quitado el cetro de Judá” (Génesis 49:10). Luego dijo a David: “Yo te tomaré ... para que fueses príncipe sobre mi pueblo;” y de Salomón: “Yo afirmaré para siempre el trono de su reino” (2 Samuel 7:8,13). Dios no va violar este pacto (Jeremías 33:20,21), a pesar de la infidelidad de los reyes humanos. Lo cumplió en la persona de su propio Hijo, el Señor Jesucristo. Este nació de María, del linaje de David, y también tenía el derecho al trono por medio de José, porque Jesús fue legalmente reconocido como hijo suyo (Mateo 1:16, Lucas 3:23).

Pero Jesús no vino la primera vez con el fin de reinar, sino a sufrir y poner su vida para redimir a sus súbditos espirituales. Por lo tanto nació en un establo y no en un palacio; vivió como un pobre y no como un príncipe; entró al final en Jerusalén montado en un pollino de asna y no sobre un caballo blanco; llevó una corona de espinas y no de oro; fue vituperado por los hombres y no glorificado. Dijo a Pilato que, en relación con el tiempo presente, “Mi reino no es de este mundo”.

Después de la resurrección, Dios le ensalzó a su diestra “hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores (1 Timoteo 6:14). Mientras tanto, ningún hombre carnal lo ha visto en esta forma, ni lo puede ver hasta que él se manifieste en el día futuro. “Entonces vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga ... y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de Reyes y Señor de Señores”.

Se cumplirá la profecía de Daniel: “En los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo”. El reinado será en perfecta justicia (Isaías 32:1). Cristo reinará por mil años en esta tierra antes de su destrucción total. Ezequiel describe la tierra santa bajo su dominio a partir del capítulo 40 hasta el fin del libro. Esta última dispensación o administración divina se efectuará en este mundo donde el pecado ha producido sus estragos, y los humanos siempre son mortales.

Reinarán con Cristo los santos inmortales que hayan sido resucitados y transformados en la primera resurrección. Los súbditos terrenales serán mortales. La venida de Cristo a la tierra en juicio destruirá totalmente a todos los incrédulos, igual como se hizo en el diluvio. El milenio empezará como el mundo renovado después del diluvio, cuando los únicos sobrevivientes (cuatro parejas) eran creyentes. El Señor quitará la influencia del diablo, quien será atado;

eliminará ciertos peligros como el de fieras y de serpientes; proveerá la abundancia, devolviendo las lluvias antiguas; controlará toda delincuencia y violencia por medio del gobierno justo y severo.

La única imperfección se hallará en el corazón humano. Dios manifestará que el pecado no resulta del ambiente sino que brota del corazón. Solamente la redención de Cristo puede cambiar al hombre y hacerle santo. En el caso de los descendientes de los ocho que salieron del arca, se desarrolló el pecado en sus nietos y bisnietos de tal modo que Dios destruyó la Torre de Babel que hicieron. Los hijos del reino que serán echados a las tinieblas de afuera (Mateo 8:12) son los hijos nacidos durante el reino, los cuales no habrán renacidos para ser hechos hijos de Dios. La salvación siempre ha sido y siempre será por el arrepentimiento personal y la fe en el Cordero de Dios. Cuando al fin de los mil años se suelte a Satanás, entonces estos hijos no renacidos le seguirán para la destrucción final y total de ellos y de este mundo.

La tierra será quemada y Dios hará nuevos cielos y nueva tierra. Los salvados de Israel y de las demás naciones habrán pasado su vida mortal en la tierra milenaria y serán trasladados inmortales a la tierra nueva. De manera que el reino de Cristo permanecerá para siempre, ya no más en la tierra vieja, sino en la nueva, sobre gente inmortal y perfecta.

Habiendo suprimido todo enemigo, de los cuales el postrero será la muerte misma, Cristo entregará al Dios y Padre un reino ya enteramente perfecto, para que Dios sea todo en todo (1 Corintios 15:24-28). “El trono de Dios y del Cordero estará en ella y sus siervos le servirán, y verán su rostro ... y reinarán por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 22:3-5). Este es el fin de las cosas reveladas en la Biblia. “Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios, mas las reveladas son para nosotros” (Deuteronomio 29:29).

“Por lo tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, el único y sabio Dios, sea honra y gloria por los siglos de los siglos. Amén” (1 Timoteo 1:17).